4473

El Exodo

El Exodo

?

Mariano alarcón

29

EL ÉXODO

Esta obra es propiedad de su autor: nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ó representarla en España, ni en los países con los cuales se hayan celebrado ó se celebren, en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO PRIMERO

Tiene lugar en una fábrica de tejidos. La «mise en scene» se compone del siguiente modo: A la derecha, un lujoso despacho de ingeniero, con dos ventanas, una á cada lado de la puerta que da al patio; en medio de éste, una fuentecilla, y cerca de ésta, un banco de jardín. Delante de la ventana más próxima al espectador, la mesa escritorio del *ingeniero,* y delante de la otra ventana, la mesa de dibujo. Un sofá y dos sillones.

Epoca actual. Fábrica de un pueblo de los alrededores de Barcelona. Izquierda y derecha las del espectador.

ESCENA PRIMERA

El *ingeniero* está dibujando, y dice para sí, mientras observa atentamente el trabajo.

INGENIERO

Sí. Me parece que está bien. Creo no haberme equivocado. (*Reflexiona.*) No obstante, consultaré las tablas por si acaso... (*Va á la mesa escritorio y consulta un libro; vuelve á la mesa de dibujo, y después de mirarle atentamente, reflexionando:*) Perfectamente. Tal cual lo he calculado. (*Se sienta ante la mesa escritorio y dice con satisfacción:*) ¡Qué bienestar tan pro-

611630

fundo se siente, cuando uno, por sí sólo, obtiene una respuesta cariñosa de la Ciencia, después de haberla, afanoso, demandado!

ESCENA II

El *portero* (manco del brazo derecho), atraviesa la escena y toca con los nudillos en la puerta del despacho.

PORTERO

¿Se puede, señor director?

INGENIERO

¡Adelante! (*Repara en las cartas que lleva el* portero.) ¿El correo, ya? ¿Pues, qué hora es?

PORTERO

Acaban de dar las diez y media.

INGENIERO

¡Caramba! ¡Cómo vuela el tiempo!

PORTERO

(*Adulando.*) El señor ingeniero se abstrae tanto en el trabajo...

INGENIERO

(*Pidiendole con un ademán las cartas.*) ¿A ver?... (*Lee un rato.*)

PORTERO

(Viendo que nada le ordenan.) ¿Me manda algo el señor ingeniero?

INGENIERO

Sí, lleve usted estas cartas al escritorio *(Mientras va anotando algo al dorso de las mismas.)* y dígale á Juan que venga.

PORTERO

(Tomando las cartas.) Está bien... ¿Nada más?..

INGENIERO

¡Ah! Sí. Que se fijen bien en las anotaciones que van al dorso. Nada más. *(Sale el* portero. *Hablando para sí.)* Pues, señor; la verdad es que tengo motivos para estar satisfecho... Gracias á mi trabajo, esto va como una seda... *(*Juan, *de gorra y blusa, sale por la izquierda, atraviesa la escena, y toca á la puerta del despacho.)*

ESCENA III

JUAN

(Llamando.) ¿Puedo entrar?...

INGENIERO

Entra, Juan.

JUAN

(*Al entrar; descubriéndose.*) Buenos días. ¿Cómo está usted, don Angel?

INGENIERO

Bien; ¿y tú, compañero? (*Dándole la mano.*)

JUAN

Perfectamente. ¿Qué me quería usted?...

INGENIERO

Te he llamado para decierte que des vuelta con más frecuencia por el cuarto del tinte. Parece que se descuidan algo. Escribe un cliente quejándose de que algunas piezas se han desteñido un poco...

JUAN

(*Moviendo la cabeza.*) Ese dichoso anarquista...

INGENIERO

(*Extrañado.*) Pero... ¿es anarquista ese muchacho?...

JUAN

Sí..., pero es solamente un exaltado...

INGENIERO

Es lástima. En los que predomina el sentimiento, la primera resistencia á la opresión es más violenta;

pero, como no tienen las ideas bien cimentadas, se viene antes al suelo su fortaleza... Bueno; anda, y á ver si le convences de que se puede cumplir bien con la obligación y ser un gran revolucionario...

JUAN

Bien; pues hasta luego, que es sábado y hay mucho que hacer. (*Va á marchar.*)

INGENIERO

Oye: por si acaso, y para no tener que reprender á ese chico injustamente, prepárame unos tubos de ensayo con los tintes, que voy al laboratorio á analizarles, no sea que se hallen en mal estado...

JUAN

Esta bién. (*Aparte.*) ¡Qué hombre tan bueno! (*Sale.* Ingeniero *se pone á leer.*)

ESCENA IV

Entra *D. Antonio,* despacio, y párase ante la fuente, como reflexivo.

DON ANTONIO

Hoy debe ser el día en que consiga lo que estoy deseando hace cerca de cuatro meses. (*Pausa; reflexiona.*) En fin, voy á dar una vuelta por los talleres y así haré tiempo para que venga la vieja.

INGENIERO

(*Cerrando el libro.*) ¡Hermoso capítulo! ¡Ea!... vamos á ver esos tintes. (*Toma una larga blusa de dril y sale poniéndosela; divisa á* D. Antonio.) ¡D. Antonio! (*Llamándole.*) ¡Buenos días! ¿Cómo no ha pasado usted?

DON ANTONIO

Acabo de llegar en este momento y pensaba dar una vuelta por los talleres... ¿Quiere usted acompañarme?...

INGENIERO

Con mucho gusto. Iba al laboratorto á hacer unos ensayos, pero no corre gran prisa. Vamos... (*Vanse por detrás del despacho. Queda la escena vacía. Pasan, de izquierda á derecha,* Juan *con unos tubos de ensayo en la mano y otro obrero; van hablando mientras pasan.*)

JUAN

Pero... con tus descuidos comprometes el crédito de la casa...

OBRERO

Y ¿á mí qué me importa? Esta casa tiene crédito gracias á lo que nos explota.

JUAN

Es cierto...; pero eso no importa para que tú... (*Desaparecen por el mismo sitio que* D. Antonio *y el* ingeniero.)

ESCENA V

Entra *Patricia,* cesta al brazo,
y se sienta en el banco, sin decir nada; al poco rato
D. Antonio. Al verle, *Patricia* se levanta.

DON ANTONIO

Ya estaba impaciente por la tardanza de usted. Hace más de una hora que llegué de la ciudad.

PATRICIA

Pues no he podido venir antes, porque aún no estaba hecha la comida. Además... no es conveniente venir con muchísima anticipación, porque podría chocar.

DON ANTONIO

Es verdad. (*Aparte.*) ¡Qué bien lo calcula todo esta vieja! (*Se aproxima más á ella y la pregunta con secreto.*) Bueno... y... ¿qué ha conseguido usted?

PATRICIA

Nada. Se resiste como un demonio.

DON ANTONIO

(*Enojado.*) Porque usted no habrá tenido empeño en convencerla.

PATRICIA

No diga usted eso, D. Antonio. Bien sabe Dios... y no me lo tome en cuenta... que nunca he procurado tanto conseguir una cosa.

DON ANTONIO

Hace usted bien, porque se juega el pan en ello...; ya sabe...

PATRICIA

(*Interrumpiéndole, afligida.*) Pero ¿qué más quiere usted que haga?

DON ANTONIO

Desgraciadamente, para ustedes, ya no les queda otra cosa por hacer que decidirse ó... á la calle.

PATRICIA

(*Gimiendo.*) ¡Dios mío! ¿Qué va á ser de nosotras?

DON ANTONIO

Es inútil que llore. No me conmueven las lágrimas hace tiempo. He venido resuelto á que sea hoy. Ya se lo dije á usted el sábado pasado; bien puede haberla convencido en una semana. Si no lo ha conseguido, peor para las dos, porque daré orden en Caja de que, cuando esta tarde paguen los jornales, digan á Justa que no vuelva más.

PATRICIA

(*Llorando.*) ¿Y tendrá usted valor, después de la desgracia que me ha pasado?

DON ANTONIO

No sé qué le haya ocurrido á usted.

PATRICIA

(*Sollozando.*) Que me han despedido ayer del Centro Mercantil.

DON ANTONIO

(*Aparte.*) ¡Si supieras que lo he ordenado yo! (*Á ella.*) ¿Y cómo ha sido eso?

PATRICIA

Aún no lo he comprendido. Hace seis años que yo iba todos los días, por la mañana temprano, á fregar los pisos y la escalera. Aunque aquello es grande, yo me reventaba y á las nueve terminaba mi faena. Y todo ese inmenso trabajo por seis duros al mes... Aunque estoy algo enferma, no he dejado ni un solo día de cumplir mi obligación, para tener con ese salario una ayuda... Ayer mañana, después de hecho todo, cuando iba á marcharme, se me acercó el conserje y me dijo que como ya era muy vieja y mi salud y mis fuerzas no me permitían hacer bien mi trabajo,

un señor de la junta (que no quiso nombrar de ningún modo) había ordenado que me despidieran, y así se lo había encargado. Me dió la cuenta hasta hoy, y me despachó.

DON ANTONIO

(*Con disimulo.*) Pues... no sabía nada.

PATRICIA

(*Suplicante.*) ¡Por Dios, D. Antonio! Diga usted que me empleen otra vez, que yo lo haré lo mejor posible.

DON ANTONIO

Yo no puedo hacer eso. En primer lugar, porque no voy á dejar mal á un compañero de junta, deshaciendo lo que él haya hecho; y en segundo lugar, porque ya no le hará á usted falta; pues como, según convinimos el sábado pasado, hoy sería el día en que...

PATRICIA

¡Pero Dios mío! ¡Si ella no quire de ningún modo y se enfurece cuando le indico algo, solamente!

DON ANTONIO

Pues entonces... yo lo siento mucho; pero ustedes verán lo que hacen, porque ahora daré en Caja esa orden que la he dicho antes.

PATRICIA

(*Rompiendo á llorar.*) ¡Qué cruel es usted!

DON ANTONIO

Usted tiene la culpa. Si se hubiera propuesto complacerme lo hubiera hecho. Hace más de un mes que hablamos por primera vez de este asunto. Muy torpe hay que ser para no haber adelantado nada. Si hubiera usted puesto mis consejos en práctica...

PATRICIA

Pero si hago al pie de la letra todo lo que usted me encargó. Mire usted qué pálida estoy. No como casi nada para demacrarme, y la digo que me produce náuseas el alimento. Alguna vez, delante de ella, hago como que me dan mareos, y la garganta la tengo destrozada de tanto fingir la tos de pecho, haciendo como que me ahogo. Anoche, sin ir más lejos, estaba llorando yo en la cama por lo del Centro y fingí un terrible golpe de tos, y, poniéndome congestionada, comencé á llamarla con ese rugido sordo de garganta de los que se asfixian; llorando, y casi sin poder hablar, empecé á decirla que me moría y á despedirme de ella. Tan bien lo hice que la pobre rompió á llorar con tal desesperación, que por lástima á ella y porque no acudieran los vecinos, hube de ir calmándome poco á poco, pero haciendo

siempre como que me ahogaba al hablar. Cuando una vez parecí calmada, lo cual la tranquilizó algo, aproveché la ocasión para hacerla ver que siguiendo así me moriría en seguida... y al adivinar ella que la hablaba de sus pensamientos de usted se marchó enojadísima, y me dijo que era capaz de dejarme morir como un perro, antes de acceder á lo más mínimo. (*Mientras* Patricia *dice las últimas palabras aparecen en la escena* Esther *y el portero.* Esther *saluda con la cabeza, al pasar; D. Antonio responde.* Patricia y D. Antonio *siguen hablando en voz baja.*)

ESCENA VI

PORTERO

Aquel es su despacho, señora. Debe de estar trabajando; pero la recibirá en seguida. (*Toca en la puerta.*) ¿Se puede?... (*No oyendo nada vuelve á tocar.*) ¿Se puede?... (*Abre la puerta; á Esther.*) No está. Tenga usted la bondad de aguardar un momento, mientras le aviso. (*Ofrece una silla á* Esther, *que se sienta.*)

ESTHER

(*Sentándose.*) Muchas gracias. (*Sale* portero; Esther, *curiosea.*)

PORTERO

(*Á* D. Antonio, *que habla á* Patricia.) D. Antonio, ¿sabe usted dónde está el señor ingeniero?

DON ANTONIO

Creo que en el laboratorio... Oye... ¿quién es esa señora?

PORTERO

No sé. Dice que tiene precisión de ver al señor ingeniero.

DON ANTONIO

¿No te ha dado el nombre ni su tarjeta?

PORTERO

No, señor. (*Pausa.*) ¿Me manda usted algo?

DON ANTONIO

Nada. (*Váse* portero. *Él, volviéndose á* Patricia.) Pues, lo siento muchísimo. Yo no falto á mi palabra. Lo que prometí, lo cumpliré.

PATRICIA

Sí; usted cumple simpre su palabra cuando se trata del mal, aunque por cumplirla se hayan de morir de hambre dos pobres mujeres. Y todo porque no quieren entregarle la honra... (*Llora silenciosamente.*)

DON ANTONIO

(*Después de reflexionar largo rato; aparte.*) ¡Oh, qué idea tan magnífica! (*Á* Patricia.) No comprendo

por qué dice usted eso. Ni remotamente siquiera se me ha ocurrido semejante infamia. Yo deseo únicamente poder tener conmigo á Justa, pero como un amigo solamente, como un hermano. Yo no tengo familia ni amigos fieles en quienes depositar mis penas y mis alegrías. He puesto mis ojos en Justa por su bondad y su hermosura, pero, yo la quiero con un cariño casi paternal. (*Hipócritamente.*) Otra cosa sería una infamia indigna de ella. (*El* ingeniero *atraviesa rápidamente la escena y entra en el despacho.*)

ESCENA VII

Al entrar el *ingeniero, Esther* se levanta y es reconocida.

INGENIERO

(*Asombradísimo.*) ¡Esther! ¿Eres tú?

ESTHER

(*Emocionadísima; apoyándose en el respaldo de la silla.*) Sí; soy yo, Angel.

INGENIERO

Pero, ¿cómo has venido? ¿Sabías?...

ESTHER

Sí. He ido sabiendo todo lo que ha sido de tí. Ya te contaré... (Ingeniero *la invita á sentarse; y lo hacen los dos, en el sofá.*)

INGENIERO

(*Mirándola tristemente.*) ¡Qué cambiada estás!

ESTHER

Sí; es verdad. Tú, por el contrario...

INGENIERO

(*Tristemente.*) Yo, por fuera estoy casi lo mismo; sin embargo, mi interior está transformado por completo.

ESTHER

Pero, aunque hayas cambiado tanto, supongo que tus sentimientos serán tan nobles y tan buenos como los de otros tiempos... Por eso, lo primero que te pido es que si me guardas algo de rencor, olvides y me perdones.

INGENIERO

Yo no te guardo ni te he tenido rencor nunca. Además, no tengo por qué perdonarte... Tú hiciste lo que quisiste porque te pareció bien ó porque así te convendría... Eras libre y yo no tenía derecho alguno sobre tí. (*Pausa; tristemente.*) Al principio creí que tendría el derecho del cariño por el que deberías serme fiel...; pero yo ignoraba que el cariño es una mentira hermosa, uno de tantos espejismos que nos hacen concebir la

vida como un sueño de encantadores matices... Bien pronto hube de convencerme de la realidad, y esta creencia, hija del desengaño, sirvió de bálsamo á mis heridas.

ESTHER

¿Por qué dices eso? Tienes un modo de hablar tan desconsolador para tí, como para el que te oye.

INGENIERO

La verdad es, casi siempre, desconsoladora porque descorre el velo de la realidad, oculta por falsas apariencias. (*Durante todo el tiempo,* D. Antonio *y* Patricia *hacen como si hablaran seriamente, tratando aquél de convencer á ésta.*

DON ANTONIO

Bueno; ya lo sabe usted. Hoy almuerzo en el Centro. Allí espero la respuesta. Voy á ordenar lo del coche.

PATRICIA

Descuide usted. Iré á avisarle. Pero ya sabe..., á... condición de que ha de respetar...

DON ANTONIO

He dado mi palabra de caballero y jamás quebranto mi juramento. (D. Antonio *se va, y* Patricia *se sienta en el banco.* Esther *y el* ingeniero *hacen como que hablan tranquilamente.*)

PATRICIA

(*Sola.*) ¡Bah!... Después de todo, lo que yo debo procurar es vivir agusto lo que me quede de vida... (*Calla: al poco rato queda dormida.* Esther *y* D. Ángel *siguen.*)

ESTHER

Debes perdonarme. Lo que yo hice, tiene su explicación. Aquel hombre pensaba que yo era tu hermana (porque así se lo hizo creer la doncella), como el que tú te oponías á nuestra boda; pero, no cesaba de requerirme, llegando á proponerme la fuga, con su palabra de honor de casarnos inmediatamente... Yo, aunque te amaba con toda mi alma, ví en ello mi regeneración, por un amor legítimo, y te abandoné para ser su esposa...

INGENIERO

¿Para qué me das esas explicaciones, si yo no te las pido? Lo hecho, bien hecho está. ¿Qué remedio? (*Pausa.*) No extraño tu modo de proceder; obraste como obrarían todas las mujeres de hoy día, porque pensabas igual que piensan todas ellas.

ESTHER

Puedo jurarte que te amaba...

INGENIERO

(*Sonríe tristemente.*) Vosotras tenéis simpre la palabra *amor* en los labios, y no sabéis lo que signi-

fica...; vivís en una sociedad estúpida que da y quita, á capricho, patentes de honradez y legitimidad, aun cuando sabe perfectamente que *todo amor, siendo verdadero, por el mero hecho de serlo, es legítimo:* mas no lo considera así, y prefiere un amor mentira con apariencias de verdad legal á un amor verdad sin esos oropeles. *(Pausa.)* Tu espíritu débil cedió á la corriente, porque no tenía los alientos que presta un amor *verdadero*: para sentir este amor, es necesario *comprender* á quien se ama...; y tú no me comprendiste; por eso me abandonaste...

ESTHER

No encuentras disculpa para mi acción, y amontonas, sin piedad, cargo sobre cargo...

INGENIERO

Digo la verdad de lo que siente mi corazón, que rezuma sólo amargura... Esa sensibilidad de que os pagais las mujeres, no es, casi siempre, más que ridícula sensiblería...

ESTHER

¿Por qué me tratas con tanta dureza? Dices que no me guardas rencor, y sin embargo, tus palabras están llenas de despecho.

INGENIERO

¡Perdóname Esther! Es verdad que he estado poco amable contigo; pero, no es por culpa mía. Tu presencia ha aumentado la gran tensión de mi espíritu, y mis sentimientos se han precipitado, de improviso, por esa válvula abierta: por eso mis palabras amargas han hollado, sin piedad, tu delicadeza. ¡Perdóname!

ESTHER

Te conozco lo bastante para saber que no pretendes mortificarme. Comprendo que tu excitación te impida contenerte...

INGENIERO

(*Sonríe tristemente.*) Gracias, Esther; es cierto que no he podido reprimir mis ímpetus...; debes compadecerme por ello. (*Pausa.*) Mi corazón, rasgado por el dolor de tu engaño, iba, poco á poco, cicatrizando sus heridas; pero, con esta entrevista, han vuelto á abrirse cruelmente. (*Pausa.*) Yo había querido olvidarte: para lograrlo busqué refugio en la música y en las ideas de *redención*. En mis horas de tristeza, aquélla distraía mi espíritu, transportándole de este bajo suelo lleno de asperezas á la región serena de lo Ideal. Allí brillaban ideas de Justicia, y su esplendor sugestionó mi ánimo... Desde entonces amo mucho ese Ideal, fiel encarnación de una Justicia que

habrá de redimir á la Humanidad, en su día. Este amor á la Idea, ha libertado mi espíritu. (*En este momento, suena dentro, una campana.*)

ESTHER

¿A qué toca esa campana?

INGENIERO

A descanso. Ya es la hora de que coman. Luego vuelven otra vez. Tienen hora y media para comer y descansar. (*Pasan por el fondo de la escena* obreros *y* obreras.)

ESTHER

(*Levantándose.*) Entonces... me marcho... Habia venido, precisamente, á despedirme...

INGENIERO

(*Extrañado.*) ¿A despedirte?... ¿Á dónde vas?...

ESTHER

Muy lejos. A Filipinas. Han concedido á mi marido un buen destino en aquel país. Había venido á despedirme porque... ¿quién sabe si volveremos á vernos?... y no quería marchar sin darte antes el último adios... por si esto ocurriera. (*Tristemente.*)

INGENIERO

(*Emocionado.*) Gracias, gracias, Esther...

ESTHER

(*Dulcemente.*) Creo que merezco tu perdón y tu aprecio.

INGENIERO

Sí, Esther de mi vida. Olvido por completo lo pasado, y te deseo que seas feliz en aquel lejano destierro.

ESTHER

¡Adios, Angel! Acuérdate alguna vez de mí, como yo me acordaré de tí... (*Emocionadísima y casi llorando.*) ¡el ser á quien... más he querido, en este mundo!

INGENIERO

(*Emocionadísimo.*) ¿Es cierto, Esther? (*Se precipitan el uno en brazos del otro.*)

ESTHER

¡¡Sí, sí, Angel!!

INGENIERO

(*Emocionadísimo y con palabras entrecortadas.*) Pero ¿es verdad?... ¿no me engañas?

ESTHER

(*Desprendiéndose de los brazos.*) Sí, es verdad. No te he engañado, ni lo he pretendido nunca. (*Pausa.*) ¿Me perdonas ahora? (D. Angel *queda silencioso, mirando al suelo. Sigue* Esther.) Adios... me marcho... Hasta...

INGENIERO

(*Cogiéndola por el brazo; deprisa.*) Pero, ¿te vas tan pronto? (*Pausa.*) ¡Qué cruel es la realidad! ¡Separarme de tí... ahora que había empezado á sentirme feliz de nuevo!...

ESTHER

(*Tristemente.*) No hay otro remedio... El vapor sale al obscurecer y tengo aún algo que arreglar. Ya estará impaciente mi hijo.

INGENIERO

(*Con emoción y extrañeza.*) ¿Tu hijo?... Pero ¿tienes un hijo?

ESTHER

Nació á los catorce meses de casada. Ya va á cumplir siete años y está tan hermoso... ¡Adios!... me estará esperando. (*La da la mano.*)

INGENIERO

(*Sin soltar la mano.*) Pues... ¿y tu marido?

ESTHER

Está en Madrid. Mañana saldrá para Cádiz, donde se nos reunirá, para marchar juntos... ¡Adios!... Acuérdate alguna vez de mí.

INGENIERO

¡Adios, Esther! Sé buena madre. Educa bien á tu hijo.

ESTHER

(*Aparte, casi llorando.*) ¡Qué noble corazón!... (*A él.*) Así lo haré... Adios. (*Le tiende las dos manos. El* ingeniero *la coge deprisa la cabeza entre las manos y la besa en la frente.*)

INGENIERO

¡Adios..., Esther de mi vida! (Esther, *emocionadísima y medio atontada se recoge deprisa la falda y va á abrir la puerta, sin mirar al* ingeniero, *para ocultar su emoción.* Ingeniero *la sigue y dice*): Te acompañaré hasta la puerta de la calle. (*Salen. Poco antes de salir ellos entra* Justa *y despierta á su madre. Entablan animado diálogo, en el cual parece que* Patricia *desea reducir á* Justa. *El* ingeniero *y* Esther *desaparecen por la misma puerta por donde entró* Esther.)

ESCENA VIII

Patricia y *Justa:* solas, sentadas en el banco.

PATRICIA

Voy á decirte la verdad... Mi llanto de anoche era porque anteayer me despacharon del Centro... Aquello era una ayuda y... habríamos podido ir tirando si, despidiéndote D. Antonio, tuviéramos aquel pedazo de pan...; pero, ni aun esa salvación nos queda... Habremos de morir de hambre, si no te decides...

JUSTA

No siga usted, madre... Pediré limosna.

PATRICIA

(*Compungida.*) Bastante adelantaríamos con eso. Las gentes son tan poco caritativas, que no se preocupan del dolor de los caídos. Además (*llorando*) yo estoy muy grave. (*Tose.*) Este maldito pecho parece una fragua rota. No entra y sale bien el aire. (*Con amargura.*) ¡Tenme lástima, hija mía! Muy poco tiempo me queda que vivir... y con tanta desgracia y miseria, ¿serías capaz de dejarme morir de esa manera?... (Justa *no responde.*) ¡Mala hija! Dos ó tres meses que puede durar mi vida y ¿aún quieres acortarles?

JUSTA

(*Llorando.*) ¡Por Dios, no diga usted eso, madre! Yo quiero que viva usted antes que yo... pero, por nada del mundo pierdo yo mi honra.

PATRICIA

(*Haciendo un gesto suspicaz.*) Pero, si no hay que hablar de eso siquiera. Me ha jurado D. Antonio que nunca ha pensado en semejante cosa. Solamente te quiere como un padre, y como no tiene familia ni amigos en quienes depositar sus penas y

sus alegrías... ha puesto en tí sus ojos. (*Pausa larla;* Patricia *mira ansiosamente á* Justa; *ésta reflexiona y hace movimientos de cabeza, negativos.*) ¡Hija mía, no me mates tan cruelmente!

JUSTA

(*Afligida.*) No se apure usted, madre. Dios proveerá... pero, yo no me entrego de ningún modo: no me fío de D. Antonio; es una mala persona capaz de prometer una cosa y hacer traición á su palabra sin reparo..., y yo estimo mi honra más que nada en el mundo, porque... no la guardo para mí: la guardo para Juan. (*Pausa.*) Yo quiero ser como esas piedras de suaves colores que hay en el lecho del arroyo y que se ven claramente á través del agua cristalina. Su vida ha de ser esa agua mansa y transparente que permita ver las piedras del fondo..., y una de esas piedras, la más hermosa, es mi honra... (*Pausa.*) Si yo me entregase á D. Antonio se olvidaría de su palabra y me convertiría en uno de esos deformes riscos que arrastra la corriente del río, hasta sepultarle en un hoyo del fondo, dejándole envuelto entre harapos de cieno...: antes de eso prefiero la muerte cien veces.

PATRICIA

(*Exaltada.*) Sí, te conozco. Tú, honrada por casualidad, eres capaz de morir de hambre y dejar morir á tu madre por no... ¡Ingrata! ¡Yo te maldigo,

mala hija!... (*Se levanta furiosa.*) Quieres quitar la vida á tu madre, porque olvidas que *la debes la tuya.* (*Pausa angustiosa.* Justa *se levanta: refiexiona.*)

JUSTA

(*Con voz trémula.*) ¡Basta ya! Sea; iré con D. Antonio... (*Amenazando.*) Pero... que no se olvide de su palabra... Me rindo, me sacrifico por su vida. (*Exaltada.*) Quiero estar en paz con usted. Estoy ya harta de que me eche en cara esta deuda... como si yo hubiera nacido porque usted lo quiso y no por pura casualidad. Sacrificándome ahora por usted, me deberá su vida: así la pagaré la mía... (*Llora.*) No quiero que muera usted. (*En este momento entra el* ingeniero *con la hermanita de* Juan, *de la mano.*)

ESCENA IX

INGENIERO

¿Qué es eso? ¿Por qué lloras, Justa?

PATRICIA

Nada, nada, D. Angel; que estoy algo mala y ésta se aflige por cualquier cosa.

INGENIERO

Vaya, eso no es nada... Fuera miedo y á comer, que ya es hora. (*Hace una caricia á la niña y entra en el despacho á leer.)*

ESCENA X

JUAN

(*Entrando deprisa.*) Creí que nunca llegaría la hora. Estoy muerto de fatiga y de hambre. (*Besa á su hermana.*) ¡Hola, perla! ¿Y madre?

NIÑA

Muy contenta porque han escrito los tíos. Te envían recuerdos.

JUAN

Bueno... me alegro. (*Repara en* Justa; *inquieto.*) ¿Has llorado Justa?... ¿Qué te pasa, cielo?

JUSTA

(*Esforzándose por sonreir.*) Nada... mi madre está mala... y me tiene asustada.

PATRICIA

Pero no hay para tanto, hija mía. Va á creer Juan que me estoy muriendo... (*Á* Juan.) Estoy bastante mal, pero confío en Dios, que no desatiende á los pobres...

JUAN

¡Bah!... aprensiones nada más... Total... un catarro fuerte..., un poco de tos y un mucho de miedo. Eso no es nada... Esas pequeñeces me las curo

yo con jarros de agua fría y andando al aire libre... Conque... menos miedo y comamos de una vez.

NIÑA

Sí; comamos pronto, que yo quiero irme en seguida á la labor. (*Se sientan en corro; sacan las provisiones de las cestas y se ponen á comer. La* niña *también habrá llevado una cesta.*)

JUAN

(*Á* Justa, *que no come.*) Pero, ¿no comes, Justa mía?... ¡Bah! no te preocupes por lo de tu madre. Es vieja y, como todas ellas, sólo tiene placer en quejarse siempre. Las disgusta que haya alguien contento en su presencia y, por eso, no hacen más que contar tristezas para apenar á los otros.

JUSTA

Sí; ya lo comprendo. Yo también quisiera estar alegre, pero no puedo.

JUAN

¿Qué te pasa, vida mía? Nunca te he visto así.

JUSTA

Yo tampoco recuerdo haber estado nunca como hoy. Tengo los nervios alterados. (*Llora silenciosamente; cogiéndole el brazo.*) ¿Verdad que me quieres?

JUAN

(*Asombrado.*) Pero, ¿por qué preguntas eso? ¿Es que dudas de mí?

JUSTA

(*Reprimiéndose.*) No, no. Ya sé que me quieres.

JUAN

(*Tomándola una mano.*) Pues, claro está. No debes dudar de que te quiero más que á mi vida. (*Pausa.*) Si no fuera por eso ¿crees tú que me mataría á trabajar, como lo hago? Como quiero que nos casemos pronto, trabajo más de lo que puedo para ganar más. D. Angel, en los ratos que tiene libres, me da lecciones de Dibujo y Matemáticas, y me ha prometido darme, cuando esté en condiciones, un cargo nuevo que va á crear, por el que podré ganar mucho más con un trabajo menos penoso. Por las noches, cuando acabo de hablar contigo, me encierro en mi cuarto y trabajo hasta el amanecer...

JUSTA

¡Qué vida tan perra!

JUAN

No hay otro remedio. En este mundo para descollar entre los demás, hay que apretar mucho los codos. Así, aunque cuesta bastante, se sube por

encima de los otros, y luego agrada contemplarles desde arriba, si se ha subido por el *propio esfuerzo* y *dignamente.*

JUSTA

¡Dios santo! (*Aparte.*) ¡Qué martirio! Esas palabras me cruzan la cara como latigazos. (*Se seca las lágrimas.*)

JUAN

(*Siguiendo.*) Por eso no desmayo. Dentro de ocho ó nueve meses podré conseguir mi objeto y de aquí á un año... serás mi mujercita. (*Óyese dentro un grito desgarrador y gran alboroto.* D. Angel *suspende la lectura y escucha atentamente. Quedan en silencio, mirándose unos á otros.*)

ESCENA XI

OBRERO

(*Entra corriendo precipitadamente; al grupo.*) ¿Y D. Angel? ¿Está en el despacho? (Juan *se levanta.*)

JUAN

Pero, ¿qué ocurre? (*Asustado.*)

OBRERO

El maquinista destrozado... (Juan *vase corriendo; las mujeres se levantan asustadas, sin saber que hacer.* Obrero *llama fuertemente á la puerta del despacho.*) ¿Se puede?

INGENIERO

¡Adelante! (*Al ver al* obrero *se levanta asustado.*) ¿Qué ha sucedido?

OBRERO

El volante, que ha cogido al maquinista; le ha muerto, casi. (*El* ingeniero *sale precipitadamente; le sigue el* obrero.)

INGENEIRO

(*En el patio, á las mujeres.*) ¿Y Juan?

NIÑA

Se ha ido corriendo para adentro.

INGENIERO

(*Al* obrero; *deprisa.*) ¿Le ha visto su mujer?

OBRERO

Sí, señor. Le vió y cayó al suelo, desmayada.

INGENIERO

(*A las mujeres.*) Vayan ustedes á cuidarla. (*Váse, y con él el* obrero; *mientras se van, le pregunta.*) ¿Le han llevado á la farmacia? (*Vánse izquierda.*)

OBRERO

Sí, señor. (*Mientras van desapareciendo. Queda la escena vacía un rato: después aparece el* portero.)

ESCENA XII

PORTERO

Pues, señor, estamos arreglados. Todos los años ocurre alguna de las gordas... ¡Pobre maquinista!... (*Pausa.*) Digo mal. ¡Pobre mujer!... ¡y pobres hijos, los suyos!... Él ya ha dejado de sufrir tanta miseria y de aguantar tanta infamia...; pero... ¿y ellos?... ¡Qué días tan negos les espera! (*Pausa; pasea.*) ¡Esta es la suerte del pobre!

ESCENA XIII

Entra *D. Antonio* deprisa y azorado.

DON ANTONIO

¿Qué pasa?... ¿Alguna desgracia?...

PORTERO

Si, señor...; que...

DON ANTONIO

(*Interrumpiéndole.*) ¿Y D. Angel? ¿Dónde está?

PORTERO

En la botica. Fué corriendo á ver qué pasaba...

DON ANTONIO

Pero..., ¿qué es lo que ha ocurrido?...

PORTERO

Que el volante le ha abierto la cabeza al maquinista...

ESCENA XIV

D. Angel entra emocionado y muy pálido. *D. Antonio* le pregunta.

DON ANTONIO

¿Le ha visto usted? (*Ingeniero hace signo afirmativo de cabeza.*) ¿Y cómo está? ¿Qué tiene?

INGENIERO

(*Lentamente.*) Ya no tiene nada. Ya no sufre...

DON ANTONIO

(*Asustado.*) Pero, ¿ha muerto?

INGENIERO

Sí, señor... Esa es la única realidad innegable.

DON ANTONIO

¡Pobre hombre!... ¡Cuánta desgracia..., Dios mío!

INGENIERO

No hay necesidad de invocar á la Providencia cuando las cosas no tienen remedio. Lo que se debe

hacer, es evitar desgracias. Usted podía haberlo hecho, si no hubiera sido por su ambición.

DON ANTONIO

(*Serio.*) Me sorprenden sus palabras, porque no sé con qué derecho se permite hacerme semejantes cargos.

INGENIERO

(*Serio y tranquilamente.*) La verdad dá derecho á decirlo todo, y, en este caso, está contra usted... Hace muchísimo tiempo, vengo diciéndole que es necesario proteger las máquinas para evitar desgracias, y no se me atiende. Si se me hubiera hecho caso, no habría ocurrido este accidente... Pero usted, con tal de no gastar un puñado de pesetas que pueda costar, tiene la culpa de que ocurran estas cosas. (*El portero se acerca y les pregunta.*)

PORTERO

Señor ingeniero, ¿continúa el trabajo esta tarde, ó se cierra?

INGENIERO

Que se cierre. Dígalo usted á los obreros.

DON ANTONIO

(*Al portero.*) No; espere usted. (*A* D. Angel.) ¿Por qué no han de trabajar esta tarde? ¿Qué culpa tengo yo de lo que ha sucedido? ¿Por qué razón he de salir perjudicado?

INGENIERO

Bien: como usted quiera...; usted es el dueño, y, por lo tanto, manda. Yo, únicamente, me permito aconsejarle que desista de su deseo, porque los ánimos están muy excitados, y esa medida podría provocar un conflicto grave.

DON ANTONIO

(*Aparte, y reflexionando.*) Es verdad... Pero, si no vienen no podré realizar mi intento, porque Juan no se separará de ella... y si les obligo á venir, estos brutos son capaces de cometer una atrocidad, y entonces resultaría mucho más caro... Cederemos... Después de todo, es cuestión de esperar unos pocos días más... (*Alto, á* D. Angel.) Tiene usted razón; conviene evitar disgustos. (*Al* portero.) Bueno: diga usted que, en señal de luto, no se trabaja esta tarde... y cierre las puertas.

PORTERO

Está bien. (*Vase.*)

ESCENA XV

D. Antonio y el *ingeniero,* solos.

INGENIERO

He pensado que para destruir el mal efecto que esta desgracia ha producido, y, sobre todo, para socorrer á esa infeliz que acaba de enviudar de una

manera tan trágica y á sus pobres hijos, deberíamos hacer una suscripción á favor de esos desgraciados... (*Pausa.*) Usted podría encabezarla con una cantidad regular, que, para usted, nada representa y para ellos mucho..., quinientas pesetas, por ejemplo. Usted es muy rico y bien puede hacerlo.

DON ANTONIO

Tengo muchos gastos; no puede ser. Además, he resuelto que se protejan las máquinas...

INGENIERO

(*Interrumpiéndole.*) ¿Qué importa eso? De todos modos, no habría más remedio que hacerlo si no se quería tener á diario accidentes desgraciados... Pero, nada tiene que ver lo uno con lo otro.

DON ANTONIO

Pues... lo siento muchísimo, pero no es posible... Bastante hago con tenerles asegurados á todos, y la prima del seguro bien sabe usted que no importa una friolera... Así, pues..., le ruego no insista...

INGENIERO

(*Con altivez.*) Está bien: no hace falta; yo encabezaré la lista.

DON ANTONIO

Como usted guste; yo me marcho á la ciudad; usted lo pase bien.

INGENIERO

Vaya usted con Dios. (*Vase* D. Antonio *y el* ingeniero *queda mirándole mientras marcha.*) ¡Qué hombre tan avaro!... (*Entra en el despacho, se sienta ante la mesa escritorio, corta un papel, en forma de lista, y dice mientras escribe:*) No puedo dar más: de buen grado lo haría, pero mis fuerzas no alcanzan. (*Sale fuera y pega, con unos chinches, la lista al lado de la puerta. Mientras, dice:*) Que cada uno suscriba lo que pueda; encargaré á Juan recoger los donativos... Es necesario introducir el espíritu de solidaridad entre estos pobres hombres... Así darán una lección al egoísta de D. Antonio. (*Entra en el despacho.*) Ya está mi conciencia tranquila. (*Se sienta en el sofá.*) Después de todo, me alegro de que no haya dado nada.(*Pausa.*) La limosna del avaro, parece que quema las manos. (*Dichas estas palabras deja vagar la vista, como reflexionando, durante un buen rato, pasado el cual empieza á caer el telón muy lentamente, sin que él se mueva para nada.*)

TELÓN

ACTO SEGUNDO

La escena representa el salón de una casa de gente rica, pero, de mal gusto. Esto lo demuestra el menaje. Puerta en el fondo y á los dos lados del espectador.

Al levantarse el telón están *doña Julia* y *Marquesa* charlando (á la derecha del espectador), sentadas en una butaca, y en el extremo del sofá contiguo, respectivamente.

Visten trajes de visita elegantes. *D.ª Julia*, vieja y remilgada. *Marquesa*, treinta años, guapa y desenvuelta.

Sube el telón lentamente.

La escena sucede en casa de un burgués de Barcelona.

ESCENA PRIMERA

DOÑA JULIA

Sí, es cierto....; puede usted asegurarlo, marquesa...; me ha dicho mi marido que se lo contaron el otro día en el Casino.

MARQUESA

Pues... ¿no estaba desde principios del otoño, en que se inauguró la temporada del café Concert, en relaciones íntimas con una de las *estrellas?*

DOÑA JULIA

Sí, señora; pero, eso no quita para que pretenda saciar sus apetitos, lo mismo con la corrida francesa que con la inocente obrera... Dice mi marido que es un degenerado, que anda siempre á la caza de emociones nuevas.

MARQUESA

Por cierto que, según dice D. Venancio, es preciosa; me refiero á la francesa. Alta y delgada, aunque no mucho, y muy coqueta. Tiene pasión por lo romántico: es morena teñida de rubia; siempre se queja de que no tiene los ojos azules; es un derroche lo que paga D. Antonio por los perfumes de la tal francesa. (*Suspira; pausa.*)

DOÑA JULIA

Pues... la otra es una infeliz..., y además casi una niña; sólo tiene dieciocho años... Un crimen, marquesa...

MARQUESA

(*Muy despacio y distraidamente.*) Sí, sí; un crimen. (*Queda pensativa; pausa larga.*)

DOÑA JULIA

¿Qué tiene usted, marquesa? Parece que está triste y pensativa.

MARQUESA

Sí, señora, desgraciadamente; triste, porque lo es nuestra vida, y pensativa, porque estoy triste. Los alegres no están nunca pensativos; los que sufrimos pensamos en nuestro dolor y aumentamos así nuestra tortura...

DOÑA JULIA

Pero, ¿usted sufre y está triste?

MARQUESA

Sí, señora; por desgracia.

DOÑA JULIA

Pues, no lo comprendo, hija; joven, guapa, rica y con título...

MARQUESA

(*Interrumpiéndole.*) ¿Y qué? ¿Es todo eso la vida?

DOÑA JULIA

¿Pues qué más va usted á pedir?

MARQUESA

Pues... si no es más que eso la vida... no vale la pena de afanarse por conservarla... (*Pausa.*)

DOÑA JULIA

Estoy asombrada de lo que está diciendo, marquesa.

MARQUESA

(*Sonriendo tristemente.*) Lo creo perfectamente. Nos hemos habituado á respirar una atmósfera de mentiras y convencionalismos... y cuando se renueva el aire viciado y entra el puro, el fresco, en vez de abrirle gozosas todas las ventanas y balcones, las cerramos más fuertemente y nos escondemos en el cuarto más retirado de la casa, porque tememos constiparnos... Pero, yo me he criado en el campo, allá en mi tierra, respirando siempre los aires puros de las sierras...; por eso me rebelo á seguir viviendo en esta perpetua asfixia de la verdad, respiro fuerte, descargo mi pecho y digo lo que siento.

DOÑA JULIA

¡Qué cosas dice usted tan fuera de razón! No hay tal atmósfera de mentira. No puede haberla. Nos conocemos todos perfectamente.

MARQUESA

Pues eso es, precisamente, lo más repugnante. Que sabiendo cada uno cuánto hay de verdad en las palabras de los otros, nos esforcemos en no acostarnos ningún día sin haber procurado convencerles de lo que nunca han de creer.

DOÑA JULIA

No hay más remedio. Sí así es la sociedad...

MARQUESA

Eso no es hacer la vida de sociedad ni de nada; eso es, sencillamente, entregarse á un juego inocente y que ni siquiera tiene la ventaja de la novedad. (*Pausa.*) ¡Cuánto mejor lo pasan esas mujeres como la *estrella* de D. Antonio! (*Suspira.*)

DOÑA JULIA

Marquesa... ¡por Dios! ¡Cómo está usted esta noche! ¿Cómo puede ocurrírsela envidiar á esas perdidas despreciables?

MARQUESA

Yo no las envidio, ni dejo de envidiarlas. El caso es que ellas viven, y nosotras no... Me dirá usted que hay algunas muy groseras..., también las hay en la sociedad más elevada...; que no son mujeres honradas..., también hay muchas que no lo son entre las que aparentan serlo; aquéllas tienen la ventaja de que no se toman la molestia de parecerlo: por eso están siempre alegres... y por eso sí las envidio, porque yo no lo estoy y quiero estarlo. (*Pausa muy larga; silencio profundo; después de un rato aparece* Ramón *izquierda espectador.*)

ESCENA II

RAMÓN

(*Acercándose despacio.*) ¡Qué calladas están ustedes! Deben de aburrirse. Ustedes, las mujeres, ya se sabe: cuando están juntas, ó murmuran ó se aburren; ahora están aburridas, (*Frotándose las manos y riendo.*) luego no murmuran. (*Con desenfado.*) ¡Hermoso silogismo!

MARQUESA

Ya hemos murmurado bastante. (*Con negligencia.*) Ahora cuéntenos usted algo: distráiganos de nuestro aburrimiento.

RAMÓN

¿Es que me ha tomado usted por su *Rigoletto,* querida marquesa? (*Con retintín.*)

MARQUESA

(*Con retintín y mirándole indiferentemente.*) Sí... no... ¿quien sabe? (*Pausa; algo inquieta.*) Bueno... Bueno. Cuente usted la fuga de D. Antonio y la obrera. (*Durante este corto diálogo* D.ª Julia *mirará á ambos con curiosidad, como sospechando algo.*)

RAMÓN

¿Otra vez? Lo habré contado lo menos cuarenta. En fin... paciencia. (*Tomando una silla para sentarse.*)

¡Bueno se va á poner D. Antonio si se entera de que yo descubro sus ocultos galanteos! (*Se sienta.*)

MARQUESA

(*Con retintín.*) Al contrario; á todos les gusta que se sepan sus enredos.

RAMÓN

(*Con retintín.*) A todos, no... (D.ª Julia *observa.*) Pero esto no hace al caso... Por lo que hace á lo de la aventura de D. Antonio... una vulgaridad... (*Con desenfado.*) como suya, de millonario necio... Sitio de tres meses á la obrera; heroica resistencia de ésta; entrevistas de D. Antonio con la dueña de la plaza; pacto de condiciones, entrega de la plaza por su dueña, y entrada á saco por el sitiador en todas las condiciones pactadas como respetables... Una enorme vulgaridad. Lo mismo hubiera hecho un señor bandolero de la Edad media. Hasta aquí todo va bien; pero, ahora comienza un trocito de tragedia; porque la tal Justa, que así se llama la obrerita, tenía un novio en la misma fábrica, un buen mozo, un hombre cabal y uno de los obreros sobresalientes. El día de la fuga el muchacho la esperó, como de costumbre, á la salida del taller, y como no la viese, preguntó por ella á sus compañeras, quienes le dijeron que, á media tarde, había ido su madre á buscarla y que

ya no había vuelto; preocupado por esto fué á casa de ella, para enterarse de si había ocurrido algo, y después de llamar largo rato sin que le abrieran, salió una chismosa vieja del cuarto de enfrente, diciéndole: ¿qué buscas, Juan?— ¿A quién he de buscar?, á Justa... ¿Pasa algo?—Sí; que no te fíes de la justicia de Justa, ni de nadie; que no hay justicia en la tierra...; y después de soltarle esa cuchufleta á boca de jarro, le contó que á la salida del pueblo, cuando ella volvía del río de lavar la ropa, había visto subir en un coche á Justa, que iba llorando, á D. Antonio y á la madre de Justa; que se bajaron las cortinillas y el coche partió al galope por la carretera de la ciudad... Ella lo había observado todo, escondida detrás de un árbol, para que no la viesen. El novio voló á su casa, estuvo registrando en su cuarto y guardándose un arma salió á la calle, pero en medio del arroyo cayó presa de un ataque. Le cogieron, le llevaron á su casa y ha estado diez ó doce días entre la vida y la muerte. En sus continuos delirios decía que quería matar á D. Antonio y á Justa; ahora ya está casi bueno y ha dicho que, en cuanto pueda, les mata. Excuso decir á ustedes que D. Antonio tiene un miedo espantoso. Ha acudido á D. Angel, el ingeniero, y éste, después de una escena violenta en que le dijo cuatro verdades, le prometió que no pasaría nada. Parece ser que el ingeniero tiene gran ascendiente sobre el novio; hay quien asegura que el ingeniero es socialista, y por eso distingue al novio, que también lo es.

DOÑA JULIA

Eso no puede ser; una persona tan fina y tan galante como el ingeniero no puede ser de un partido de revolucionarios..., gente sucia.

MARQUESA

Sí que tiene un sabor algo trágico todo eso.

RAMÓN

Así me lo han contado en el Casino. Yo no he añadido ni quitado una sola tilde... y

Si lector dijéredes ser comento
como me lo contaron, te lo cuento.

¡Ah! se me olvidaba. La hazaña de D. Antonio fué en sábado á media tarde, y, al día siguiente, lo sabíamos todo el mundo. ¡Antes de las 24 horas!

DOÑA JULIA

¿Oye, Ramoncito, y...? (*Se oyen voces de personas que vienen.*)

RAMÓN

Calla, ahí vienen D. Antonio y todos los conocidos. (*Entran por la puerta de la izquierda* D.ª Marta *y el* canónigo: *detrás,* marqués *y* D. Angel; *después* D. Venancio *y* D. Antonio. *Todos ellos forman animado corro, de pie, á la izquierda del espectador.*)

ESCENA III

DOÑA MARTA

(*Mientras sale, á* D.ª Julia *y* marquesa.) ¡Já, já! ¡vaya un codillo que acabo de darle á mi marido, ayudada por D. Bautista! ¡Un solo de cuatro estuches y dos reyes! (*Al* canónigo.) Por supuesto, D. Bautista, que si usted no se hubiera ido del caballo de copas, habría hecho su baza y hubiese sido *puesta,* solamente... Es usted un chambón y es necesario que, en los ratos de ocio, se ponga al habla con el libro del tresillo.

CANÓNIGO

(*Con retintín.*) Los ratos de ocio son los más interesantes de mi vida. Tengo cosas muy importantes que hacer, y no me voy á ocupar en leer esas inocentadas... Por lo demás... ¿qué quiere usted que yo le haga? En cuanto D. Antonio se sentó á mi lado, no dí pie con bola. Los mirones me turban horriblemente.

DOÑA JULIA

(*Se levanta, va hacia el* canónigo *y bésale la mano.*) ¡Buenas noches, D. Bautista!

CANÓNIGO

(*Con ironía.*) ¡Hola, Julita! ¿Cómo va esa arrogancia?... Ya he visto al buen mozo de Ramón tan

alegre y tan fresco como siempre. (*Saluda con la cabeza, desde donde está, á la* marquesa.) Muy buenas, marquesa.

MARQUESA

(*Cortesmente al* canónigo.) Bien venido, señor canónigo.

RAMÓN

(*A la* marquesa *en voz baja y rápidamente.*) ¿Cuándo marcha á Valencia?

MARQUESA

(*Lo mismo á* Ramón.) Mañana, en el correo de las once.

RAMÓN

(*Ídem.*) Entonces, iré después de almorzar. (Marquesa *se encoge de hombros, indiferentemente.* Ramón *va al corro, pasa por detrás del* canónigo, *dándole una palmada en la espalda y cogiéndose del brazo del* ingeniero.)

RAMÓN

(*Al* ingeniero.) Venga usted, ilustre ingeniero. Voy á presentarle á esa señora. (*Llegando ambos á la* marquesa.) Marquesa..., aquí le presento á D. Angel Ramírez, ingeniero de la fábrica de D. Antonio y... (*sonriendo*) algo filósofo... La señora marquesa de Olamba, linda gallega, como verá usted muy bien. (*Se va al corro.*)

INGENIERO

Honra usted, señora, una tierra que tanta fama tiene de mujeres bellas.

MARQUESA

(*Sonriendo graciosamente.*) Es usted muy amable. Esa fama se la han puesto los del mismo país, porque ha salido de allí alguna que otra aventurera que llama la atención por esos mundos.

INGENIERO

Sus paisanos se hacen justicia á sí mismos, porque no dudo tendrán en cuenta á la marquesa de Olamba.

MARQUESA

Muchas gracias, señor de... (*No recuerda.*)

INGENIERO

Ramírez..., su servidor... y amigo (si usted me permite darla este título desde ahora).

MARQUESA

Con mucho gusto... (*Le da la mano; siguen hablando en voz baja.*)

RAMÓN

(*En el corro.*) Dicen que es muy serio y poco mujeriego... Por más que me han asegurado que, al terminar la carrera, tuvo una ruidosa aventura.

(*Siguen hablando en voz baja.*)

INGENIERO

(*A* marquesa, *por* Ramón.) Sí; es un buen muchacho.

MARQUESA

No lo crea usted. Es un desahogado... No debe de tener muchos escrúpulos... ¿Conoce usted á su esposa?

INGENIERO

Sí, señora.

MARQUESA

Pues, tiene cincuenta años y él sólo treinta y uno...; pero, ella es rica y él era un pobre diablo que andaba por Madrid hecho un bohemio, á la caza de un puesto de redactor en algún periódico... Total: hace tres años se casaron, y él vive como un príncipe.

CANÓNIGO

(*Desde el corro, en voz alta al* ingeniero.) ¿Hace usted el favor, D. Angel?

INGENIERO

(*Volviéndose hacia el corro.*) Voy al momento, señores... Con su permiso, marquesa. (*Saluda con la cabeza y mientras va hacia el corro, dice:*) ¡Qué hipócritas! No hacen más que decir pestes unos de otros. ¡Qué asco! (*Llega al corro;* marquesa *sigue sentada, y queda pensativa.)*

CANÓNIGO

(*A* D. Angel.) Usted perdone le hayamos molestado. Queremos nos saque usted de una duda.

INGENIERO

Ustedes dirán, señores. Estoy á sus órdenes.

DON VENANCIO

Aseguraba Ramón que es usted socialista; que ha pronunciado hermosos discursos defendiendo el reparto y...

INGENIERO

(*Interrumpiéndole.*) Usted perdone. Eso no es cierto: no han informado bien á Ramón. Sí, es verdad que he pronunciado discursos, pero, jamás pidiendo el reparto; eso es una utopía.

CANÓNIGO

(*Aparte y por lo bajo á* D.ª Marta, *que le toca con el codo.*) ¿Qué quieres?

DOÑA MARTA

(*Lo mismo al* canónigo.) Mañana es sábado... ¿A qué hora debo ir?

CANÓNIGO

(*Idem íd.*) Por la tarde, después del coro, espérame en mi casa. Dí que vas á la iglesia á confesarte... (*Con disimulo se unen al corro y se ponen á alternar en él.*)

INGENIERO

(*Como siguiendo.*) Sí, D. Venancio. Tiene perfecto derecho; para eso lo gana... Lo que suele suceder, es que los patronos explotan más de lo justo... (D. Antonio *abandona el corro disimuladamente y va á sentarse junto á la* marquesa, *con la que habla en voz baja de* D. Angel.) (suponiendo que sea justo explotar)... á los obreros... (*Pausa.*) Así, pues, ruego á ustedes rectifiquen su concepto. (*Al* canónigo.) Por lo que usted decía, D. Bautista, yo creo que lo primero es arreglar esto, para hacer agradable la vida y gozar de sus bondades y bellezas. Ese es el fin del progreso... Lo otro, vendrá luego... (*Irónico; pausa;* Ramón *se acerca al* ingeniero *y se le lleva del brazo.*)

CANÓNIGO

(*En voz baja, en el corro.*) Eso es una blasfemia, señores... ¡Qué hombre tan protervo!

RAMÓN

(*Al* ingeniero, *aparte.*) Le advierto á usted, D. Angel, que se resta simpatías, porque aquí son todos muy brutos.

INGENIERO

¿Y á mí, qué? He cumplido con mi deber aclarando una duda. Eso es todo... ¿Hay algo grave en ello?

RAMÓN

Sí, señor; porque habla usted en el vacío: es una gente muy falsa... Ahí, donde usted la ve, la dueña de la casa se entiende con el orondo D. Bautista.

INGENIERO

(*Asqueando.*) Puaf... ¡Cuánta inmundicia!

RAMÓN

A mí, esas declaraciones no me asustan... En mis tiempos fuí anarquista.

INGENIERO

(*Aparte.*) ¡Valiente granuja! (*Mientras tanto, los del corro hacen comentarios y gestos de desagrado.*)

RAMÓN

Ah!... y á mi mujer llámela usted Julita. Tiene la pobre esa manía...

INGENIERO

Pero hombre, D. Ramón, no sea usted así...

RAMÓN

(*Interrumpiendo.*) ¡Bah, bah! (D. Antonio *vuelve al corro y comenta.*) Yo me burlo de todo; he sufrido tanto en mis tiempos de bohemia literaria... (*Con cinismo.*) Y ahora que he resuelto mi problema... ¿habría de tomar la vida en serio?... Todo es farsa. Por eso me dedico á reirme de los otros y creo que nada vale la pena de...

DON ANTONIO

(*En voz alta, en el corro.*) Lo cierto es, señores, que desde que está al frente de mi industria el señor *Ramírez*, aquello está cambiado por completo; todo va de bien en mejor...

INGENIERO

(*Que ha estado oyendo; dirigiéndose al corro.*) Está claro; como que nada tienen que ver esas ideas, que tanto espanto producen, para que se cumplan bien los deberes... Yo creo que esto se ha de transformar del todo, pero no se puede hacer de una plumada y como por decreto... Falta andar mucho terreno... Por lo que hace á...

DOÑA JULIA

(*Interrumpiéndole; á* D. Antonio.) Y qué, ¿hay obreras guapas, amigo Brull?

RAMÓN

(*Aparte.*) ¡Qué inoportunidad! ¿Por qué no se te caerá la lengua?

DON ANTONIO

(*Como molestado.*) No sé, *Juiita.* No acostumbro á parar la atención en esas cosas. Si uno se entretuviera en florear á las obreras... ¡valiente respeto le tendrían!... No se debe perder un momento la dignidad..., y eso sería rebajarse á los ojos de ellas....

RAMÓN

(*Alegremente.*) Bueno: ya hay bastante, señores. Pasemos á otra cosa... (*Al* marqués.) Usted, señor ministro de Hacienda, profeta de la Bolsa..., ¿cuándo marcha á Valencia?

MARQUÉS

Mañana en el correo, si no se presenta inconveniente, de improviso. (Ramón *y* marquesa *se miran;* Ramón *sonríe;* marquesa *queda seria.*)

CANÓNIGO

¿Y á qué va, señor marqués?

MARQUÉS

¡Ah, señores! No quería decirlo..., pero, no importa que ustedes lo sepan. Voy para dar una prueba

de afecto á mi mujer: á comprar una hermosa finca en la ribera. El año pasado, cuando la vimos, gustó mucho á María. Yo propuse comprarla y me dijeron que no pensaban en venderla; pero, parece que han cambiado de pensamiento y me han escrito ofreciéndomela en condiciones ventajosas.

CANÓNIGO

¡Qué suerte tiene este hombre!

RAMÓN

(*Burlonamente.*) ¡Qué ganguitas, marqués! Si en amores es tan afortunado como en los negocios y en la Bolsa (*á la* marquesa), mal año para usted, marquesa. (Marquesa *hace un gesto de desagrado.*)

CANÓNIGO

(*Aparte.*) ¡Qué cínico tan procaz!

MARQUÉS

(*Con seriedad, á* Ramón.) ¡Qué cosas tiene usted! Aún parece un niño... Pues decía que voy á comprar la finca, que es un verdadero paraíso... Allí pienso pasar un mes todos los años, á nuestro regreso de Galicia, con mi mujer y mi hija.

INGENIERO

(*Llevándose aparte á* Ramón.) ¿Pero, tiene una hija?... Creí que eran solos. (*En voz baja.*)

RAMÓN

(*Idem.*)Y una pequeña de nueve ó diez años, que está en Jesús y María... Pero,... por lo visto, usted no está en antecedentes de ese matrimonio.

INGENIERO

No, señor, ni me he preocupado de ello. (Ramón *y el* ingeniero *se adelantan en el centro:* marquesa *sigue pensativa y triste, y en el corro charlan animados.*)

RAMÓN

Pues, es curioso. Él tiene veintidós años más que ella. A los tres de casados tuvieron una hija (que malas lenguas aseguran es de un profesor de música, que seguía dando lecciones de piano á la marquesa, después de casada...) Es un *parvenu.* Veraneando un año en Galicia, conoció á María, linda heredera del título y las trampas del marqués de Olamba... Casaron á la niña con D. Pedro, ó mejor, se la vendieron, y él orgulloso de poder usar, con el tiempo, corona en las tarjetas, libró de hipotecas las fincas del marqués y aguantó sus sablazos. Ya marqués, D. Pedro siguió dedicándose al juego de la Bolsa, y una suerte loca preside todas sus operaciones... En cambio, las lecciones del profesor de la mujer no salieron tan bien... (*Cínicamente.*) ¡Bah!... bien empleado... Ya el gran Balzac incluyó á los hombres de ne-

gocios entre los predestinados. (Ramón *marcha, riéndose, al grupo, y* D. Angel *queda solo, hablando para sí.* Marta *se va dentro.*)

INGENIERO

¡Qué lenguaraz tan osado! (*Pausa.*) Pues, señor... ¡Buena está la sociedad de los burgueses!... Esto es una sentina donde no se baraja más que podredumbre y miseria. D. Venancio me cuenta los líos de Ramón y la marquesa,..; el marqués los del canónigo y la mujer de D. Venancio...; y el fresco de Ramón me dice más que todos juntos, y además se burla de su mujer... (*Pausa.*) ¡Y sin preguntar nada á nadie! (*Pausa; con dolor.*) ¡Y esta gente tiene el gobierno del mundo! (*Pausa; con energía.*) Nada; es necesario una escoba muy grande para barrer á esta gente (*Reflexiona; decidido.*) Sí, no hay duda. Hace falta la escoba. Es necesario barrerla.

DOÑA MARTA

(*Saliendo por la puerta del comedor.*) Señores..., vamos á tomar un bocado, que ya están ustedes cansados de tanta discusión y tendrán ganas de reponer fuerzas; luego volverán ustedes á su charla que será menos seria y más brillante. Así lo espero de la virtud del champagne.

TODOS

Vamos allá. ¡Adentro!

INGENIERO

Voy al momento, señores: ruego á ustedes me dispensen un instante, que necesito para decir una cosa á D. Antonio. Den comienzo, que nosotros vamos en seguida.

MARTA

Bueno. Ahí se quedan ustedes; pero con la condición de que vengan pronto. (Ingeniero *asiente con la cabeza y entran todos.*)

ESCENA IV

DON ANTONIO

¿Qué es? ¿Qué ha dicho esa hiena?

INGENIERO

(*Friamente.*) No sea usted tan duro al calificar á otros, con epítetos que quizás no sea á ellos á quienes más convengan.

DON ANTONIO

(*Seriamente.*) Me parece, D. Angel...

INGENIERO

(*Interrumpiéndole.*) Perdóneme que le interrumpa; conviene acabar pronto, porque nos están esperando... De esa hiena no sé nada. Aún no le he vis-

to; ya le he dicho á usted que no tema. Juan no dará un sólo paso sin contar conmigo; así se lo he encargado en la carta que le mandé el otro día.

DON ANTONIO

Entonces... no adivino lo que pueda ser.

INGENIERO

Pues, en pocas palabras, lo que sigue: Desde hace dos años, en que se marchó de la casa el ingeniero director, estoy yo desempeñando su cometido, harto pesado, además del mío; me encargué interinamente, y pasado mañana va á cumplir la interinidad dos años... Durante todo ese tiempo creo haber cumplido bien.

DON ANTONIO

Y yo me complazco en reconocerlo; las cosas evidentes no se pueden negar de ningún modo.

INGENIERO

Pues bien; si eso, como usted mismo reconoce, es evidente, no lo es menos que, habiéndose aumentado considerablemente mi trabajo, ha seguido siendo igual mi sueldo; y eso no es justo, primero..., y segundo..., no me permite mi decoro seguir siendo víctima de una explotación tan descarada, (D. Antonio *se altera; el* ingeniero *sigue despacio y friamente.*) y como se aproxima el plazo, en que hará

dos años estoy en tales condiciones, he resuelto aclarar este punto y hacer saber á usted que no me resigno á empezar el tercero si las cosas no cambian; en caso contrario, me veré en la necesidad de abandonarle.

DON ANTONIO

Hombre, no sea usted así. Ya veremos de arreglar el asunto.

INGENIERO

No, no; ahora mismo...; no se necesitan documentos para eso... O lo arreglamos ahora mismo, ó desde mañana se dirige usted solo su industria.

DON ANTONIO

Pero, hombre, ¿qué es lo que quiere usted? ¿Tiene pensada alguna solución?

INGENIERO

Tres por falta de una tiene el asunto: 1.ª, que venga nuevo ingeniero director y yo me quedo en mi antiguo puesto de segundo; 2.ª, yo director y encargándome de todo, cobrando los dos sueldos, por supuesto; 3.ª, yo de director cobrando el sueldo del que se marchó, y que venga otro en mi puesto de segundo ingeniero.

DON ANTONIO

(*Después de reflexionar; aparte.*) De todos modos me conviene que esté al frente, porque es honrado y domina la industria... y me conviene que esté solo porque aun cobrando los dos sueldos no tengo que darle más que una participación en los beneficios. Mucho trabajo es para uno solo... pero... que se amuele. (*Al ingeniero, en voz alta.*) Ya está decidido. Desde mañana usted será director, gerente y segundo ingeniero, todo á un tiempo... Usted verá cómo se las compone con tanto trabajo...

INGENIERO

Y de sueldos, ¿qué?

DON ANTONIO

Los dos. El de director y el de segundo ingeniero

INGENIERO

Perfectamente. Ya está todo arreglado. Ahora vamos adentro. (*Se dirigen hacia el comedor, mientras entra un criado, llamando á* D. Angel.)

ESCENA V

CRIADO

Señor ingeniero: ahí fuera hay un hombre que dice necesita hablarle un momento. (D. Antonio *se para en el dintel de la puerta.*)

DON ANTONIO

(*Aparte, miedosamente.*) ¡Si será él, Dios mío!

INGENIERO

(*Al* criado.) ¿No sabe usted quién es?

CRIADO

No, señor. Dice que viene por encargo del señor ingeniero.

INGENIERO

(*Al* criado.) Digale usted que pase. (*Váse criado; á* don Antonio.) Con su permiso, D. Antonio. En seguida entro. (*Váse* D. Antonio *al comedor.*)

ESCENA VI

JUAN

(*Entrando pálido y despacio.*) ¡Buenas noches, D. Angel!

INGENIERO

(*Que está de espaldas; corre hacia él y le abraza.*) ¡Buenas, Juan, compañero! ¡Qué alegría de verte bueno! (*Atropelladamente.*) ¿Cómo estás? ¿Has leído mi carta? Dí, responde.

JUAN

Despacio.) Permítame que me siente. (*Se sienta en la butaca.*) Estoy aún algo débil... Sí, he leído su carta, y cumpliendo su encargo fuí á buscarle á la fonda: me dijeron que estaba aquí y aquí estoy.

INGENIERO

(*Sentándose en una silla al lado de* Juan.) Bien, hombre, ¿y qué?...

JUAN

(*Interrumpiéndole.*) Á eso vengo. Me decía usted en su carta que antes de dar un paso procurase verle... y como voy á dar un paso... hacia el presidio...

INGENIERO

¿Estás loco, Juan?

JUAN

(*Siguiendo fríamente.*) Vengo á verle para despedirme.

INGENIERO

(*Intranquilo.*) Pero, Juan, ¿deliras aún?

JUAN

No, D. Angel. Ya no deliro. Bastante he delirado estos días. Ahora estoy en mi cabal juicio.

INGENIERO

Entonces... ¿por qué dices eso?

JUAN

(Despacio y tristemente.) Mis razones tendré para ello. *(Pausa.)* Aquella tarde, que no olvidaré en mi vida, una nube de sangre cegó mis ojos... Sentí el ansia loca de matar, para matarme luego; cuando supe la noticia de su infamia, corrí á mi casa en busca de un arma con que calmar mi furia... la encontré, la guardé en mi faja y salí á la calle corriendo, para coger el primer tranvía que viniera á la ciudad; pero, en la mitad del arroyo las fuerzas me faltaron; quise seguir adelante y mis piernas se doblaron, se cerraron mis ojos y no ví más. *(Pausa;* Juan *habla fatigoso.)* Hace seis ó siete días desperté de mi letargo... Mientras he estado en cama, dicen que he delirado... Yo también lo creo, porque aún recuerdo horribles pesadillas. *(Pausa; narrando; como si lo estuviera viendo.)* En una de ellas ví á D. Antonio y á Justa en un mar de sangre, naufragando; roto el barco de su vida, el oleaje les iba hundiendo poco á poco; ellos me vieron á mí sano y salvo sobre el mío y me tendían suplicantes sus brazos..., mas yo, como si nada viera, contemplaba inmutable, cómo el sangriento mar les iba, poco á poco, sepultando.

INGENIERO

¡Qué horror! ¡Pobre Juan!

JUAN

En otra de las fiebres ví á D. Antonio abrazando, con fuerza, á Justa, mientras se contraía de placer su rostro con una mueca espantosa de sátiro... Y al besarla en la infame boca, hundí mi puñal en su nuca, partiendo así, en dos suspiros de sangre, aquel beso impuro y macabro.

INGENIERO

(Impresionado.) No sigas más. Ahora comprendo lo que habrás sufrido.

JUAN

Pues bien: como ésta, todas. Siempre muriendo los dos á mis manos...; pero, por fin, mejoré: mis delirios cesaron, mas no por eso se alejó de mí el pensamiento de matarles.

INGENIERO

Has delirado, entonces, despierto.

JUAN

(Friamente.) No. Lo que he hecho... ha sido madurar el propósito...

INGENIERO

(Autoritario y enérgico.) Calla, calla... Madurar el propósito de matar á un semejante, es absurdo en

seres humanos... Solamente se concibe en una hiena... En un momento de cólera tendría la disculpa de no haber podido evitarlo; pero, pensado y á sangre fría...

JUAN

(*Interrumpiéndole exaltado.*) También maduró él su propósito de robarme la dicha y á sangre fría no tuvo reparo en hacerlo.

INGENIERO

(*Incomodado.*) ¡Imbécil! ¿Porque otro sea un canalla, has de seguir tú su ejemplo? ¿Porque Nerón mandase matar á su madre habrías tú de imitarle? (*Pausa; amablemente.*) ¡Perdóname, Juan! No quería faltarte; me he exaltado.

JUAN

No tengo por qué perdonarle... Comprendo que usted se excite por estas cosas, pues aún no habrá querido de veras.

INGENIERO

(*Sonriendo tristemente.*) ¿Tú qué sabes, infeliz?... Esa es la necia pretensión de todos los románticos: creer que porque callan los otros, sólo ellos han sufrido desengaños.

JUAN

Quizás tenga usted razón; pero, quizás también, si usted hubiera visto como yo deshacerse un por-

venir risueño entre sus manos, me aconsejaría lo contrario que ahora... Pensaba ser tan feliz con ella...

INGENIERO

Así hablan los cándidos y los que sólo han visto el mundo al través de las poesías y las novelas... (*Pausa.*) ¿Que se ha deshecho un porvenir risueño entre tus manos... y que pensabas ser feliz con ella? (*Sonriendo escéptico.*) ¡Qué elucubraciones tan tontas! ¿Cómo se va á deshacer entre las manos de nadie lo que no se tiene? Además, no se puede ser feliz ó desgraciado más que en el momento en que se vive; el porvenir y el pasado no pueden sentirse, porque no se viven... El porvenir se pierde en el porvivir y, el pasado en el olvido ó en el letargo... Sólo el presente se ve, porque alumbra entonces la luz de lo que es; el porvenir y el pasado no se ven, porque están envueltos en la sombra de lo que aún no es, ó ya ha sido. Lo que hay que hacer es buscar esos hermosos matices que presta la luz de la existencia á lo que está fuera de nosotros. Lo que hay que hacer es gozar del encanto de las irisaciones, con que se refleja la vida en todo lo que nos rodea... Irisaciones obscuras, claras y brillantes, de lucha por la vida, de penas, de alegrías, de belleza, de amor, de placer y de gloria... que, juntándose, forman el Iris mágico de la existencia. (*Fuertemente.*) *¡La alegría de vivir! ¡Esa es la única verdadera!*

JUAN

Yo no puedo tener ya esa alegría, porque ella me la ha robado. Por eso he decidido privarme de la vida, después de privarla á ella. (*Con calma.*)

INGENIERO

¡Pobre Juan! Siento una pena inmensa al oirte. ¿De cuándo acá has pensado en quitarte la vida? ¿Te pertenece acaso? ¿Con qué derecho lo harías entonces? (*Pausa; amablemente.*) ¡Qué pronto das al olvido mis enseñanzas! Te he dicho muchas veces que esa vida que tú piensas que es tuya, no lo es; que no te pertenece á tí de ningún modo y á la sociedad, sólo virtualmente; que tienes el deber de aprovecharla en beneficio tuyo y en el de aquélla; no puedes, pues, quitártela, porque quebrantarías su fin, y la sociedad tampoco puede hacerlo, porque todos somos miembros del organismo social y al destruir uno de ellos, por poco importante que fuere, se alteraría el concierto del organismo entero... (*Pausa; insinuante.*) Y si no tienes derecho á quitarte tu misma vida, ¿habrías de tenerle á matar á ella?...

JUAN

Todo eso es verdad, y yo lo reconozco; pero, ella merece mi venganza, porque me ha engañado.

INGENIERO

Venganza... ¡nunca! Indiferencia ó desprecio... Lo primero es vulgar y ridículo, lo segundo es noble. (*Sonríe tristemente.*) También fuí yo víctima del engaño de una y me limité á olvidarla... Y era muy hermosa... Su cabello era ondulado, negro, de una negrura brillante y con reflejos metálicos... ¡Cuántas veces se meció mi mirada en aquellas ondas de su cabello! (*Queda mirando al espacio, ensimismado, como si la estuviera viendo; pausa; sonriendo escépticamente.*) ¡Bah!... ¡Todas iguales! Las mujeres son girones sueltos de Humanidad, sin alma... Como esos girones de nubes que flotan sueltos en el espacio á merced del viento que sopla más recio, ellas van por el mundo sin brújula, á merced de sus caprichos y deseos. (*Pausa.*) Créeme: no vale la pena de que lo tomes tan á pecho. Cifra tu dicha en tí mismo... No la hagas depender de los otros, ni, mucho menos, de las mujeres... (*Se produce una larga pausa;* Juan *parece reflexionar hondamente.*)

JUAN

(*Levantándose para marchar, y dando la mano á* D. Angel. *Después de una larga pausa.*) Adiós, D. Angel; me ha convencido usted; ya no pensaré en matarles ni en matarme...

INGENIERO

(*Cogiéndole la mano.*) ¿Me das tu palabra de que lo harás así?

JUAN

Sí, señor...; (*Pausa.*) pero ¿y si un día, al verla, sin poder contenerme...?

INGENIERO

Pues, si un día al verla, sin poder contenerte... pretendes hacerla daño... acuérdate de quién eres y de lo que son tus ideas..., y este recuerdo contendrá tu ímpetu..., que... *siempre alcanzará la fuerza de tus Ideas lo que no pueda alcanzar la fuerza de tus deseos.* (*Se estrechan la mano y el* ingeniero *entra en seguida en el comedor.* Juan *marcha lentamente. Después de estar la escena vacía un buen rato, cae el telón muy lentamente.*)

TELÓN

ACTO TERCERO

La escena representa la sala de una casa, amueblada para una amante de mediana categoría. Puerta al fondo y á los dos lados. A la derecha del espectador, y en primer término, una chimenea con espejo encima. Las puertas de los lados con portiers. Cerca de la chimenea, una «chaise-longue».

La escena se supone en Barcelona.

ESCENA PRIMERA

Se levanta el portier de la puerta del fondo y aparece *Patricia,* volviéndose hacia dentro.

PATRICIA

Por aquí, doctor. Tenga usted la bondad de pasar...
(Pasan y entran puerta derecha: al momento sale Patricia *de prisa, entra puerta izquierda, y reaparece llevando papel, pluma y tintero, que deja en el velador; sale el* médico *y se sienta á escribir la receta.)* Pero, no es cosa de cuidado... ¿verdad...?

DOCTOR

No, señora; no se preocupe. *(Concluye de escribir; se levanta.)* Que tome ese medicamento en la forma

que la he indicado, y que no la molesten lo más mínimo. Debe levantarse y estar distraída. No conviene que fatigue sus nervios. Por eso hay que tener buen cuidado en no hacerla tomar disgustos. Lo que tiene no es de importancia.... Histerismo.... ¿Ha tenido de algún tiempo acá muchos disgustos?

PATRICIA

Sí, alguno...; cosas pequeñas, pero, que ella las da una gran importancia...

DOCTOR

Pues, ya lo sabe. Mucha paz y... (*Va á tomar el sombrero.*) ¡Ah!... se me olvidaba... Oiga... (*En voz queda.*) ¿Sabe usted si está enamorada... y ha tenido algún disgusto ó desengaño amoroso? (*Pausa.*) La pregunto esto, porque el amor suele tener gran parte en estas enfermedades...

PATRICIA

(*Hipócritamente.*) Que yo sepa... no...

DOCTOR

Es raro. Bueno; adiós. (*Váse;* Patricia *sale detrás, vuelve en seguida, toca un timbre y aparece la* criada.)

PATRICIA

(*Dando la receta á la* criada.) Toma; que te den esto en la botica. (*Váse la* criada *y ella entra en el cuarto de su hija; al momento aparece por la puerta del foro* Juana, *que se pone á curiosear; sale* Patricia.)

ESCENA II

PATRICIA

(*Al ver á* Juana.) ¡Chica! ¿Tú aquí? ¿Cómo has venido? (*Se besan.*)

JUANA

(*Con su propia rudeza.*) Pues... ya ves. Aquí estoy.

PATRICIA

Pero ¿cómo has sabido dónde estábamos?

JUANA

No sé; el caso es que allí se supo donde vivíais... y como yo tenía que venir á la ciudad á hacer un encargo, no he querido marcharme sin ver cómo estáis.

PATRICIA

(*Preocupada.*) Pero... ¿allí en el pueblo lo sabrán también todos... y Juan?

JUANA

Sí, hija mía. Todo se sabe en este mundo, más tarde ó más temprano.

PATRICIA

(*Suspirando medrosamente.*) ¡Ay! ¡Dios mío!

JUANA

¿Que te pasa, mujer? ¿Estás disgustada porque he venido?

PATRICIA

Por ti, no, mujer; al contrario: he tenido una gran alegría de verte...; pero, si á Juan se le ocurre... (*Pausa; con curiosidad.*) Oye... ¿qué dice Juan? (*Mientras está hablando* Patricia *se asoma* Justa *por detrás del portier, á ver quién es, y al ver á* Juana, *hace un gesto indefinible de alegría y sorpresa; queda escuchando.*)

JUANA

Nada; es imposible sacarle una palabra del cuerpo.

PATRICIA

Pero... ¿tú no has llegado á hablar con él?

JUANA

Sí; el otro día le paré en la calle y probé de hacerle hablar; pero, me puso una cara tan agria, que hube de dejarle en seguida. (*Pausa.*) Lo único que me dijo antes de separarnos, es que sabía donde parábais... que ya se había enterado... Cuando me lo dijo, se rió con tristeza, y se marchó pensativo. (*Pausa.*) El pobre está muy triste.

PATRICIA

Y ¿tú no has podido notar si piensa venir por aquí?

JUANA

Ya te he dicho, que ni yo ni nadie puede averiguar nada de eso, porque siempre está callado y no habla más que con el ingeniero... Todas las tardes salen juntos de la fábrica y se van dando un paseo, camino de la ciudad, hasta el paso nivel; el ingeniero toma allí el tranvía: él se vuelve solo al pueblo y se mete en seguida en su casa sin ir á ningún sitio. (*Pausa.*) Como ha estado malo, se acuesta pronto.

PATRICIA

(*En voz baja y curiosamente.*) ¡Ah!... ¿pero, ha estado malo?...

JUANA

Anda... anda..., ¿no os habéis enterado...? Pues... no es nada lo del ojo... Conque hasta ha delirado..., y, según cuentan, no hacía más que decir que iba á matar á Justa y á D. Antonio.

PATRICIA

(*Temerosamente.*) Pero... ¿tú crees que será capaz?...

JUANA

Ahora, no...; pero... si no fuera por el señor ingeniero... Es una cosa muy larga de contar. (*Pausa.*) Mientras estaba malo, iba alguna vez

D. Angel á verle, pero como no le reconocía, no pudo hablar con él, y el ingeniero le dejó escrita una carta para que la leyera en cuanto pudiera hacerlo..., y dicho y hecho. (*Pausa.*) En cuanto que estuvo mejor y la leyó, lo primero que hizo fué venir á la ciudad, ya casi de noche, á buscar al señor ingeniero... Lo que hablaron, nadie lo sabe. Lo que sí se sabe es que volvió al pueblo en el último tranvía, y que desde entonces parece más sereno. (*Pausa.*) Ahora le han subido el jornal, porque le han nombrado maquinista, en lugar del que murió el sábado antes de escaparos vosotras.

PATRICIA

(*Con cinismo.*) Vaya... menos mal; por eso habrá callado... En este mundo, cuando alguien se queja... se le compra... y en paz.

JUANA

Pues, no lo creas; todo lo contrario... Cuando el ingeniero le dijo á Juan que debía encargarse de su nuevo papel, se puso furioso y empezó á decir otra vez que mataba á D. Antonio porque pretendía hacerle esa canallada después de la otra... y no costó poco trabajo, al señor ingeniero, convencerle de que era él quien le daba el nuevo cargo y no D. Antonio... Unicamente cuando se convenció de ello, se decidió á ocupar el nuevo puesto... (*Pausa.*) Todo esto lo sé yo por Pedro, el otro compañero, que se ha hecho muy amigo

suyo... (*Pausa.*) Bueno... me marcho... porque es tarde, y quiero estar en el pueblo á la hora de cenar.

PATRICIA

Pero... ¿no quieres ver á Justa?

JUANA

¡Ay!... Es verdad; no me acordaba...; dila que salga.

PATRICIA

Voy á llamarla... Pero, ¡por Dios! no la cuentes nada de eso. No puedes imaginarte cómo se pondría. Dila que Juan está bien y contento, á ver si conseguimos que le olvide... Voy á decirla que salga. (Justa *se retira hacia dentro rápidamente; levantando el portier; llamando.*) ¡Justa!... (*Pausa.*) ¡Justa!

JUSTA

(*Desde dentro, con voz lánguida.*) Ya voy, madre. (*Sale despacio.*)

ESCENA III

PATRICIA

(*Á* Justa.) Mira quién está aquí, mujer. Ha venido á vernos...

JUANA

(*Yendo hacia ella y abrazándola.*) ¡Chica!... ¿Cómo estás?... ¡Qué guapa!

JUSTA

(*Displicente.*) Bien, á ratos... nada más; son más los malos que los buenos. (*Pausa.*) Y usted... ¿cómo ha venido por aquí?

JUANA

Pues, tenía que hacer en la ciudad... y de paso me llevo el gusto de veros.

JUSTA

Gracias... Pero, en el pueblo no diga usted dónde estamos..., porque allí nó lo sabrá nadie... ¿verdad? (*Despacio y mirándola fijamente.*)

JUANA

(*Azorada.*) No...; que yo sepa, por lo menos nadie.

JUSTA

(*Igual expresión anterior.*) Ni... Juan, tampoco... ¿verdad?...

JUANA

(*Azorada, mira á* Patricia, *que la hace una seña.*) Tampoco.

JUSTA

(*Sonriendo despreciativamente.*) Menos mal... Siéntese usted.

JUANA

No puedo, hija. Tengo prisa por marchar á coger el tranvía.

JUSTA

¿Qué más da? Toma usted el otro. Tenemos que hablar algo.

PATRICIA

Me voy dentro. (*A* Juana, *y haciéndole una seña.*) Dile á ésta lo que sepas. (*Váse.*)

JUANA

Bueno; me aguardaré un rato, pero, no mucho. (*Se sientan.*)

JUSTA

Conque... diga usted, ¿qué hay por allí? ¿Qué dice de mí la gente?

JUANA

Nada, chica... Por allí todo está igual. Al principio no puedes imaginarte qué tremolina se armó, cuando se supo tu hecho. No se hablaba de otra cosa en todas partes. Luego se fué calmando la gente y hoy ya no se acuerda nadie... (*Pausa; en voz baja.*) Todas las muchachas del pueblo hablan muy mal de tí..., pero, yo he notado que es de rabia, por la envidia que te tienen. Y eso que no han visto cómo vas vestida ni la casa que vives..., que si lo vieran... no digo nada.

JUSTA

Todo eso ya me lo figuro, pero lo que á mí me interesa, es saber lo que dice de nosotras Juan...

JUANA

Pues, nada; algo triste está, pero, se le va pasando. El primer día pensó en mataros; pero, luego dijo que no valíais la pena de que se perdiera... y se quedó algo disgustado, pero... nada más.

JUSTA

Tiene usted razón. (*Con tristeza.*) No valíamos la pena de que nos hubiera matado, ni siquiera de que se disgustara. (*Aparte.*) ¡Dios mío! ¿Por qué no habré tenido el valor de morir de hambre?... (*Pausa.*) Diga usted... ¿y no sabe dónde estoy, ni ha procurado enterarse?...

JUANA

Que no lo sabe, es seguro..., y que haya procurado enterarse... no lo creo, porque ya se habrá olvidado de todo..., porque... «los duelos con pan son menos...» y éste duelo le ha aumentado el pan (*Ríe hipócritamente.*)

JUSTA

(*Muy excitada.*) ¿Qué quiere usted decir con eso?

JUANA

(*Azoradísima.*) Chica... no te enfades; yo no lo había dicho por eso.

JUSTA

(*Muy nerviosa y llorando.*) No, si no me enfado... es que temo que todo su cariño no fuera más que palabras... y eso me indigna... ¿Qué quería usted decir con eso?... Dígalo usted... ¿Vé? Ya estoy tranquila. (*Se seca las lágrimas.*)

JUANA

(*Tímida.*) Pues la verdad...si no te enfadas... lo diré...

JUSTA

(*Muy agitada.*) Sí... sí..., dígalo..., no me enfadaré...

JUANA

Pues...que le han subido el jornal... y se ha callado...

JUSTA

(*Sonriendo nerviosamente.*) Esto no se puede aguantar. (*Se levanta furiosa, dirigiéndose á ella*) Ya suponía yo que usted me diría todas esas mentiras convenidas con mi madre. (Juana *se levanta asustada y* Justa, *señalando puerta foro, grita.*) Márchese usted ahora mismo... ¡bruja!... miserable!... ¡embustera!... ¡chismosa!... (*Entra* Patricia *asustada.*)

PATRICIA

¿Qué es? ¿Qué pasa?

JUSTA

(*Furiosa, á su madre.*) Y usted también. Salga de aquí en seguida... á inventar embustes y calumnias... (*Grita.*) ¡Váyanse y déjenme sola! Me da repugnancia verlas. (*Breve pausa.*) Lo he oído todo... ¡miserables! (*Rompe á llorar y se sienta en la chaise-longue.*) (*Las otras salen.*) ¡Dios mío! ¡Cuánta miseria!... ¡Pobre Juan! (*Llora amargamente; mientras tanto suena la campanilla, y aparece una obrera de taller con una caja.*)

ESCENA IV

OBRERA

(*Desde la puerta foro.*) ¿Se puede pasar?

JUSTA

(*Secándose las lágrimas y mirando hacia atrás.*) Pase usted. ¿A quién busca?

OBRERA

A la señorita Justa.

JUSTA

Yo soy... ¿Qué desea?

OBRERA

Aquí traigo estas camisas de parte de D. Antonio Brull.

JUSTA

Está bien. Haga usted el favor de dejarlas en esa silla. Gracias.

OBRERA

¿Tiene usted algo que encargarme?

JUSTA

Nada, hija... Muchas gracias.

OBRERA

Pues... entonces... usted lo pase bien. Buenas noches. (*Se va.*)

JUSTA

¡Adiós!... Muy buenas. (*Después de una pausa toma la caja, la abre y saca una carta. Mirando la carta.*) ¿Qué dirá esta carta? (*Pausa; la abre y lee.*) «Justa de mi vida...» ¡Qué asco!... ¡Llamarme «vida suya» ese hombre tan rastrero! (*Pausa.*) Después de todo... bien lo merezco... Tan despreciable he sido yo, cediendo, como lo es él en todos sus actos... ¡Dios santo! ¡Qué desgracia la mía! (*Llora un poco; vuelve á leer la carta en silencio.*) «Tu Antonio...»

(*Hace un gesto de repugnancia*). ¡Qué porquería! (*Tira la carta y queda reflexiva.*) Tu Antonio... ¡Puaf! (*Escupe y da á la carta con el pie.)* Tu Antonio... tu Juan... ¡Ay! (*Suspira y rasga con nerviosa fuerza el pañuelo; pausa larga; tomando una camisa.*) ¿Para qué me enviará estas camisas tan indecentes?... Es tan imbécil que piensa que me las voy á poner. (*Mirándola.)* Lástima que sea tan bonita. (*Tira lejos de sí camisa y caja.*)

ESCENA V

PATRICIA

(*Entrando; con timidez.*) ¿No piensas cenar hoy? Ya son las ocho.

JUSTA

(*Secamente.*) No, señora; no tengo ganas más que de estar sola.

PATRICIA

(*Seriamente.*) Oye, oye: ya van dos veces que me echas... ¿Es que no te acuerdas de que soy tu madre?

JUSTA

(*Mirándola osadamente.*) Sí, señora. ¿Pues no me he de acordar?... De las desgracias, no es posible olvidarse fácilmente...

PATRICIA

(*Enfadada.*) Te advierto que no estoy dispuesta á consentirte que sigas diciendo esas cosas... (*Amenazando.*) Conque... ó callas... ó te aplasto de una bofetada esa cara de monja tísica que tienes.

JUSTA

¿De esa manera quiere usted hacerme callar?... Pues ¿no decía hace un momento que no me olvide de que soy su hija?... ¿Y es así como se hacen querer las madres de las hijas?

PATRICIA

(*Exaltada.*) Sí, señora. Cuando las hijas son de tu calaña, se las enseña á golpes, porque no hay otro remedio.

JUSTA

(*Insolente.*) Y cuando las madres son de la calaña de usted, ¿qué remedio hay para que aprendan á ser de otro modo?

PATRICIA

(*Gritando.*) ¡Justa! ¡Justa! Que se me acaba la paciencia y te voy á dar que sentir.

JUSTA

Ya no es posible que me de usted más sentir del que me ha dado. Bastante me dió engañándome y... (*Suena la campanilla dos veces seguidas.*)

PATRICIA

Ya está ahí D. Antonio... A ver si sigues tan arisca con él, después de lo bien que te trata. Todo le parece poco para tí, y tú, en cambio, no haces más que dar sofiones al pobre...

JUSTA

(*Con sarcasmo.*) ¡Pobre! Conque... pobre ¿eh?... Ya están buenos los dos, usted y él. Igual uno que otro. Hace un momento me amenazaba usted casi queriéndome matar... y ahora que ve que puedo, si quiero, hacer que se acabe esta situación, me suplica que ponga cara de pascuas á ese hombre que me repugna atrozmente. (*Pausa; aparece* D. Antonio *puerta foro.*

ESCENA VI

DON ANTONIO

¿Se puede pasar...?

PATRICIA

(*Amable.*) Adelante. Pase usted D. Antonio. ¿Cómo le vá?

DON ANTONIO

(*Adelantándose.*) Muy bien. Buenas noches. ¿Y ustedes? ¿Y tú, Justa? (*Se dirige á sentarse en la «chaise-longue» con ella. Al verlo* Justa, *que estará recostada,*

pondrá encima los pies, ocupando todo el mueble, para impedir que se siente en él.)

JUSTA

(*Con sequedad.*) Regular..., nada más.

DON ANTONIO

(*Á* Patricia.) Oiga usted, Patricia: ¿ha venido el médico?

PATRICIA

Sí, señor. Hará cosa de una hora.

DON ANTONIO

(*Aparte, á* Patricia.) ¿Y qué ha dicho?

PATRICIA

Que todo es cuestión de nervios. Que eso no tardará en pasársele, si lleva una vida tranquila...

DON ANTONIO

Todo eso quiere decir que no tiene nada... Pamplinas de colegiala... Y de humor, ¿cómo anda hoy?

PATRICIA

¡Ay!... De eso sí que está mal... Ya me ha insultado dos veces en menos de media hora. Está insufrible.

DON ANTONIO

Voy á ver si la consuelo. (*Toma una silla y se sienta al lado de* Justa; Patricia *sale discretamente.*)

ESCENA VII

DON ANTONIO

(*Tomándola una mano y besándola, después de una pausa larga; amable.*) ¡Justa!... ¡Justa!... (*Al oirle* Justa, *que estaba abstraída, le mira, hace un nervioso gesto de repugnancia y retirándole la mano:*)

JUSTA

¡Qué molestia tan grande! Ni aun soñar me dejais. (*Nerviosa.*) Este martirio no se puede sufrir. Estaba soñando y...

DON ANTONIO

(*Amablemente.*) ¿Qué soñabas, Justa mía?

JUSTA

¿A usted qué le importa?...

DON ANTONIO

(*Amablemente.*) No seas así, mujer. Serénate.

JUSTA

Estoy serena... No se preocupe usted por eso.

DON ANTONIO

¿No me he de preocupar, si tú eres mi vida?

JUSTA

Pues, es lástima, porque podría usted emplear mejor su tiempo, y le está perdiendo en tonto.

DON ANTONIO

Llámame de tú, mujer. ¿Qué te cuesta?

JUSTA

(*Nerviosa.*) ¿Otra vez? Ya lo he oído antes... ¿Quiere usted que le tutee y que le trate mejor? ¿Por qué? No lo comprendo... A mí se me figura que para hablar de tú á una persona, debe de ser necesario que haya, entre ellos, algo que yo no me explico, y que no puede haber entre nosotros...; por ejemplo..., confianza..., cariño... (*Pausa.*) Si usted fuera Juan... (*Suspira.*)

DON ANTONIO

Justa, ¡por Dios! No nombres á Juan.

JUSTA

(*Decidida.*) No faltaba más. Si no he pensado en otra cosa todo el día... Y porque estuviera usted delante ¿no había de nombrarle? (*Pausa.*) Ya com-

prendo á donde llega su egoismo... Hasta le molesta arrepentirse. (*Pausa; preguntando con gran interés.*) ¿Usted me quiere?

DON ANTONIO

¿Por qué me preguntas eso? Más que á mi vida.

JUSTA

(*Con desdén.*) Pues, entonces... no tiene usted derecho á quejarse... Si usted me quiere tanto y yo no le quiero nada... y en cambio usted puede verme, ¿de qué se queja? ¿Qué más puede usted pedir?... (*Pausa; con tristeza.*) Juan... yo no sé si me querrá, pero yo le quiero... y no puedo verle..., y sin embargo no me quejo.

DON ANTONIO

(*Suplicante.*) ¡Justa, Justa!... No me atormentes de ese modo.

JUSTA

(*Riendo nerviosamente.*) Todo le atormenta á usted... hasta mis palabras.

DON ANTONIO

(*Enfadado.*) ¡Basta ya! Háblame de tú desde ahora mismo. (*Enérgico.*)

JUSTA

(*Mirándole despacio un rato haciendo y un gesto despreciativo.*) Bueno... Me es igual... Te tutearé... (D. Antonio *sonríe satisfecho.*) como *á los cocheros.* (D. Antonio *se levanta rápidamente.*)

DON ANTONIO

(*Gritando encolerizado.*) ¡Justa!... Ni porque seas mujer, ni porque estés enferma, te consiento que sigas por ese camino.

JUSTA

No te enfades, hombre. Ten calma... De todos modos no me asusto. Te voy conociendo lo bastante para saber que no podrás inspirarme, en toda tu vida, más que desprecío y asco.

DON ANTONIO

(*Furioso.*) Me voy, porque no es posible tolerar que me sigas tratando de esta manera... Tu enfermedad te disculpa.

JUSTA

Puedes marcharte si quieres... Me es igual. Después de todo, no hago otra cosa que pagarte en tu misma moneda... Peor me tratas tú á mí y no me quejo...; me aguanto.

DON ANTONIO

¿Qué yo te trato peor á tí?... Pero ¿tienes valor para quejarte de mis tratamientos?... Justa... ¡qué injusta eres!

JUSTA

No; soy tan justa como mi nombre. Precisamente, soy justa, porque digo la verdad... y la verdad te condena..., y al condenar á un hombre sin conciencia, como tú..., hago justicia... (*Pausa.*) Además... tengo motivos de sobra en mis quejas... Cuando alguien está entretenido en una cosa que le gusta y viene otro y le impide que siga disfrutando... ¿qué hace, sino molestarle?... y el que molesta á otro ¿le trata bien?...

DON ANTONIO

(*Impaciente.*) ¿Qué quiere decir todo eso? (*Se sienta.*)

JUSTA

(*Algo excitada.*) Muy sencillo. Que tú no haces más que molestarme. Hace un momento, sin ir más lejos, estaba yo soñando en los tiempos en que trabajaba en tu fábrica... y era feliz pensando en ello... Me acordaba de las comidas del medio día, en el patio, delante de la fuente; yo sentada entre Juan y su hermanita... (*Queda ensimismada, con la vista fija; sonríe, vuelve en sí, le mira, hace un gesto de enfado y prosigue con excitación.*) Y mientras yo iba

pensando, una por una, todas estas cosas y me creía dichosa, porque me hacía la ilusión de que eran verdad... (*Sonriendo nerviosamente y con enfado.*) sentí como si por encima de mi mano se arrastrara una babosa..., y al mirar, asustada, ví que eras tú, que la besabas... Y aún dices que soy injusta, si me quejo... ¡Já, já! (*Ríe histéricamente;* don Antonio, *azorado, se levanta á tranquilizarla. Ella sigue riendo nerviosamente.*)

DON ANTONIO

(*Acariciándola.*) Vamos... cálmate, Justa. ¿Por qué te excitas?

JUSTA

Gritando y tratando de soltarse.) ¡Suéltame! ¡Déjame quieta!

DON ANTONIO

No seas tonta, mujer. (*La besa en el rostro. Al sentir el beso, Justa se suelta violentamente y le da una bofetada. Retrocede* D. Antonio; *ella se levanta, fregándose la cara con la mano; y haciendo un gesto de repugnancia queda mirándole con horror.*)

JUSTA

(*Muy nerviosa y con repugnancia.*) ¡Qué asco!

DON ANTONIO

(*Por la bofetada.*) Muchas gracias. (*Pausa; con rabia sorda.*) ¿Por qué me pegas?

JUSTA

(*Muy nerviosa.*) ¿Por qué me besas?

DON ANTONIO

(*Enérgicamente.*) Porque tengo derecho á besarte.

JUSTA

¿Derecho?... El mismo que tienen los perros para morder y las avispas para picar.

DON ANTONIO

(*Colérico.*) ¡Justa!... ¡qué me estás desesperando!

JUSTA

(*Con valor.*) No me importa. También tengo yo derecho á decir la verdad y la he de decir, aunque me mates... ¿Cómo pretendes besarme, si sabes, de sobra, que tus besos me dan horror?... ¿Por qué quieres acariciarme..., (*En voz baja y despreciativamente.*) si sabes que me dan náuseas tus caricias de serpiente?... (*Pausa.*) ¿Es con ese tormento como vas á conseguir mi cariño?... Te engañas... Así no tendrás más que mi odio. (*Vuelve á sentarse, aburrida.*)

DON ANTONIO

Por Dios, Justa, mo me tortures... Tú no sabes hasta donde llega un hombre, cuando quiere con la

locura que yo te quería y sigo queriéndote. (*Exaltado.*)

JUSTA

Es inútil; nunca podré perdonarte. (D. Antonio *se sienta como rendido; después, con exaltación.*)

DON ANTONIO

¿Por qué?... Si yo no he tenido la culpa de lo que ha pasado... No te engaño si te digo que hice cuanto pude por dominar mi pasión; pero era más fuerte que yo, poderosa como el huracán...; me arrolló en su violencia... Perdóname. No supe lo que me hice... Estaba ciego...

JUSTA

(*Displicente*). ¿Por qué te esfuerzas en hacerme creer... todo eso? (*Pausa.*) ¡Psh!... de todos modos, aunque lo creyera sería igual...

DON ANTONIO

Eso es una crueldad de que no te creía capaz.

JUSTA

Pues, ahí verás... Yo, tan buena antes y siempre incapaz de hacer sufrir á alguien, he ido perdiendo con tu trato mi manera de ser y adquiriendo algo de la tuya... Á fuerza de tus golpes se forja mi crueldad.. Tu obra se vuelve contra tí.

DON ANTONIO

No he pretendido yo eso... Al contrario: pensaba que, pasado algún tiempo, encontraría en tí la flor sencilla que pagaría con el perfume de su amor mis caricias... Pensaba que tu odio duraría menos y me perdonarías...

JUSTA

Mi odio durará lo que en mí dure el cariño que tengo á Juan. Mientras tenga mi corazón lleno de su amor, no ha de caber otro en él sino el suyo. Mientras dure en mi memoria su recuerdo, no podré tener pensa niento alguno que no sea para él... Mientras cierre los ojos de mi cara y le vea con los del alma, no habré de ver con gusto más que á él, y todos los demás habrán de parecerme extraños... y mientras quede en mis oídos el rumor de sus palabras, no he de hacer á las tuyas más caso que el que hago del ruido de la lluvia en la ventana... Conque ya lo sabes... No me marees.

DON ANTONIO

(*Cariñoso y triste.*) Tú no haces caso de mis palabras... Si pudieras comprender que en ellas se compendia toda la grandeza de mi cariño y toda la tristeza de mi alma...

JUSTA

No creo una cosa ni otra; por eso no puedo creer tus palabras. Además.... que son fingidas... y fin-

ges muy mal. Por eso prefiero verte cuando te enfadas y gritas y me insultas... Entonces eres tú. Ahora se ve la máscara.

DON ANTONIO

(*Suplicante.*) Créeme, Justa de mi vida... Yo te juro...

JUSTA

(*Enojada.*) No te canses, hombre. ¿Cómo he de decirtelo? Ni con juramentos, ni con hermosas palabras me engañas. (*Pausa larga.*) Lo mejor que puedes hacer es marcharte y dejarme sola...

DON ANTONIO

Eso es casi despacharme...

JUSTA

Sin casi, á secas. Ya es hora de que te vayas. Estoy enferma y no me dejas tranquila un instante. (*Pausa.*)

DON ANTONIO

Bien; me marcho (*tímidamente*); ¿me dejas que te bese?...

JUSTA

No; otro día. Estoy muy nerviosa... y tus besos me irritan más.

DON ANTONIO

(*Enfadado.*) Pues, adiós. Que te mejores. (*Váse.*)

JUSTA

¡Adiós! ¡Gracias!... (*Pausa.*) ¡Gracias á Dios! (*Pausa; reflexiva.*) Me ha hablado de un modo que parece que dice la verdad. (*Queda un rato mirando fijamente al suelo.*) Pero... no... Cualquier cosa antes de perdonarle... Juan debe quererme aún, por lo que ha dicho á mi madre la tía Juana... (*Entra* Patricia.)

ESCENA VIII

PATRICIA

(*Enfadada.*) ¿Conque también has despedido á don Antonio?

JUSTA

Sí, señora... y si usted no quiere ponerme más nerviosa de lo que estoy, debe hacer lo mismo que él.

PATRICIA

Yo haré lo que me dé la gana. Pues, no faltaba más. No necesito consejos tuyos para nada.

JUSTA

Puede usted hacer lo que quiera. Me encerraré en mi cuarto, y así no podrá atormentarme más.

PATRICIA

¡Qué insolente eres! (*Amenazando.*) Si no fuera... (*Repara en las camisas.*) Oye... ¿qué quiere decir eso de echar las camisas por los suelos?...

JUSTA

Pues que no me gustan y, por lo tanto, no las quiero. Más claro... ¡agua!... Me alegro de que me lo haya advertido, porque pensaba decírselo para que fuera á cambiarlas.

PATRICIA

(*Extrañada.*) ¿A cambiarlas?

JUSTA

Sí, señora. A cambiarlar por otras más decentes... (*Mirando el reloj de sobre la chimenea.*) Aún es hora... Hoy es sábado y cierran más tarde las tiendas... Vaya usted en seguida...

PATRICIA

(*Mientras las recoge del suelo.*) Bien nos estás amolando con tus caprichos... Si no estuvieras mala ya te lo diría yo de misas. ¡Qué falta te hacen unos cuantos bofetones! (*Sale.*)

ESCENA IX

JUSTA

¡Qué trabajo, Dios mío! Tener que echarles uno á uno para que me dejen un rato tranquila. (*Pausa larga.*) ¡Qué noche tan horrible me espera! Sin poder dormir... y cuando cierre un rato los ojos para tener espantosas pesadillas que me vuelvan loca de horror. (*Queda pensativa. Suena la campanilla y un momento después aparecen en la puerta foro*)

ESCENA X

Juan y la *criada,* cuchicheando; *criada* desaparece. *Justa* mira fijamente al suelo.

JUAN

(*Avanzando dos pasos; moviendo tristemente la cabeza.*) ¡Qué lujo tan insultante! ¡A costa de mi trabajo y de mi dicha!... (*Indignado se lleva la mano á la faja, pero se detiene.*) No. No debo matarla... Necesito su vida y su cariño para seguir viviendo... No puedo más. (*Mirándola.*) ¿Quién sabe si estará pensando en mí? (Justa *hace un movimiento nervioso, y oprimiéndose las sienes:*)

JUSTA

¡Cómo me duelen las sienes! Parece que me están dando martillazos. (*Pausa larga; recordando.*) ¿Llamaron?... ¿Quién sería?... Petra no ha entrado á

decírmelo.. (*Llamando.*) ¡Petra! (Juan *palidece; pausa. Se vuelve para llamar de nuevo y ve á* Juan.) ¡Petra! (*El segundo* ¡Petra! *debe ser un grito ahogado. Se levanta emocionadísima, y muy nerviosa exclama ininteligiblemente con voz ahogada.*) ¡Juan! ¡Juan! (*Pausa larga; quedan mirándose.*)

JUAN

(*Pálido y emocionadísimo.*) Cálmate, mujer... ¡Buenas noches!

JUSTA

(*Azoradísima y nerviosa.*) Pero... ¿eres tú?... ¿Has venido á matarme?... ¿Verdad?... Me alegro...

JUAN

Cálmate Justa. No he venido á matarte.

JUSTA

(*Creciendo en excitación.*) ¿Ah, no? ¿Pues, á qué has venido?

JUAN

(*Más tranquilo.*) ¿A qué he de venir?... A verte...

JUSTA

¿Á verme? ¿Ya no me odias?

JUAN

Ya, no. Hasta hace poco, sí... Si cuando se quiere matar á una persona, es porque se la odia, te he odiado mucho, porque pensé mucho en matarte, pero...

JUSTA

(*Interrumpiéndole.*) Pero... si ya no piensas en matarme, ni me odias... ¿Para qué vienes á verme?... ¿Me quieres otra vez?

JUAN

(*Reflexionando tristemente.*) Eso es lo que yo no sé..., ni me he podido explicar todavía. (*Pausa.*) Lo único que sé, es que hace mucho que no sosiego..., que nada me importa, que no siento como en otros tiempos la alegría de vivir, de ver el día, ni la tristeza de la noche, porque la noche es eterna en mi alma... Que todo me aburre y me exaspera... y por eso he venido...; porque necesitaba verte... y he venido contra mi voluntad... porque no quería venir... pero... he venido... Si querer á una persona es sentir la angustia de la vida, cuando no se la tiene cerca...; si es vivir en noche perpetua, aunque el sol matice las plantas y las flores... y sentirse siempre solo aun en medio de un tumulto horrendo...; si es buscar á una persona sin querer buscarla... (*Excitadísimo.*) Entonces... sí..., Justa..., entonces te quiero con toda el alma... (*Abre los brazos y* Justa *se precipita en ellos.*)

JUSTA

(*En un grito ahogado.*) ¡Juan mío! (*Rompe en un ataque de nervios, llorando y riendo al mismo tiempo... Estando de esta manera entra* Patricia, *de mantilla y con una caja.*)

PATRICIA

(*Entrando.*) Ya están aquí las... (*Al ver la escena enmudece horrorizada, se pone pálida y se apoya en el quicio de la puerta foro, para no caer. Al oirla* Juan *se vuelve, y queda mirándola despreciativamente, con sonrisa de triunfo, al tiempo que tiene á* Justa *en sus brazos; mientras tanto cae el telón lentamente.*)

TELÓN

ACTO CUARTO

La misma decoración del acto anterior.

ESCENA PRIMERA

Sube el telón lentamente; al rato sale *Juan;* acercándose al balcón.

JUAN

¡Qué día tan hermoso!... Parece mentira que estemos en Diciembre. (*Sale* Justa, *y al verla* Juan *la llama.*) ¡Justa!... mira qué cielo tan puro. (*Estando los dos juntos al balcón.*) Puede la vista penetrar hasta la Gloria... si es que la hay...

JUSTA

¡Qué manías tienes de no creer esas cosas!... ¿Qué te cuesta?

JUAN

(*Sonriendo alegremente.*) ¡Yo, manías!... Al contrario. Lo creo á cierraojos. (*Cariñosamente.*) Me basta verte para creer en la Gloria y en sus ángeles.

JUSTA

Te vas haciendo poeta...

JUAN

A la fuerza. Todos lo somos sin darnos cuenta. Cuando se siente la poesía, surge, de pronto, el poeta. Y yo la siento, de continuo, en tu amor, que es el encanto de mi vida.

JUSTA

(Acariciándole.) La verdad es que nuestro amor es un paraíso... ¡Pero... á cambio de cuántas penas, por nuestra parte!... Dos meses eternos para los dos... Yo, sufriendo horriblemente, pensando siempre si me querrías..., si me habrías perdonado..., si me despreciarías..., si me olvidarías...

JUAN

Y... ¿qué es todo eso, al lado del sufrimiento de un hombre que se siente, de pronto, privado de la luz de la existencia y se vé obligado á perdonar, cuando quería vengarse?... Sentir un ansia loca... poder satisfacerla á cualquier hora... y dejarla insatisfecha... ¡Oh!... ¡es horrendo batallar consigo mismo! *(Pausa.)* ¡Cómo se agotan las fuerzas del espíritu, cuando chocan entre sí!... Lo mismo que el mar queda en calma, después que la tormenta le sacude y le revuelve, porque falto de energías, apenas si puede rizar sus aguas..., que-

da inmóvil el espíritu, porque perdidas las fuerzas en tan sangrienta batalla, sólo restan congojas en el alma. (*Entra la criada, llevando en una bandeja los dos desayunos.*)

ESCENA II

CRIADA

Señorita... aquí está el desayuno.

JUSTA

Bueno; déjale ahí en el velador... ¿Qué hora es?

CRIADA

Las diez en punto. (*Deja la bandeja y sale.*)

JUSTA

¡Qué tarde! ¡Qué perezosos hemos sido!...

JUAN

¡Bah!... ¿qué importa...? También debo yo tener derecho á descansar los días de fiesta de todo el trabajo de la semana;... y es tan dulce descansar entre tus brazos... que, á veces, quisiera... pasar toda la vida descansando.

JUSTA

(*Acariciándole risueña.*) ¿De qué ibas á descansar entonces...? Como no fuera del mismo descanso...

JUAN

(*Soltando una carcajada.*) Es verdad... No sé lo que me digo... Parece que me embriagan tus caricias... Me hacen hablar como un borracho... (*La besa alegremente.*)

JUSTA

(*Esquivándose.*) Ten formalidad y no perdamos el tiempo, que es tarde. ¿A dónde vamos á pasar el día?

JUAN

(*Después de reflexionar.*) A Miramar. ¿Te parece bien?.. Verás un espectáculo grandioso...

JUSTA

Yo no digo nada. Tu gusto es el mío. Vamos donde tú quieras.

JUAN

Bueno...; pues, entonces no hay más que hablar del asunto. Iremos á comer al monte y después tomaremos café en Miramar; al anochecer volveremos, y yo me iré al pueblo...

JUSTA

¡Magnífico plan!... Voy á vestirme...

JUAN

Eso es. Vístete un traje modesto, y yo iré mientras tanto á comprar lo que haga falta.

JUSTA

¿Para qué? No hace falta nada. Hay de todo en casa...

JUAN

Compraré algo que no haya aquí... Y sobre todo... tengo gusto en hacerte algún obsequio, y pudiendo hacerlo...

JUSTA

Está perfectamente; haz lo que quieras... Yo voy á mudar de ropa.

JUAN

Pues, hasta luego. Vuelvo inmediatamente. (*Se dirige á la puerta foro.*)

JUSTA

(*Llamándole.*) ¿Vas sin darle un beso á Juanín?

JUAN

¡Ay! es verdad. Tráele, si no está durmiendo. (Justa *entra en la alcoba.*)

JUSTA

(*Saliendo con un niño de pecho.*) Mírale, qué hermoso. Cómo se parece á tu pobre madre... ¿Verdad?

JUAN

(*Cogiéndole y acariciándole.*) Es verdad... ¡Oh!... Este caballero le tengo destinado para grande hombre. Pienso educarle yo mismo... Para eso soy su padre. Irá también al extranjero. Procuraré que tenga la carrera de ingeniero y que sea otro D. Angel... ¿Verdad, Juanín?... Usted será un propagandista de las ideas redentoras.

ESCENA III

PATRICIA

(*Entrando.*) ¡Buenos días! (Juan *calla y queda serio.*)

JUSTA

¡Buenos días, madre! ¿Ha pasado usted buena noche?

JUAN

(*Dando el niño á* Justa). Toma el chico, que voy por eso, y vuelvo en seguida. Arréglate pronto, que ya es tarde. (*Váse.*)

ESCENA IV

(Las dos solas.)

PATRICIA

Valiente indecente está hecho... ¡Estar en mi casa y no contestar á mi saludo!

JUSTA

(*Seriamente.*) No tiene nada de indecente. Bien sabe usted que es todo lo contrario... Sus motivos tendrá para obrar de ese modo.

PATRICIA

(*Enfadada.*) Lo que no tiene es educación.... Además... está en mi casa y tiene la obligación de respetarme..., si no... le echaré á la calle.

JUSTA

(*Sonriendo despectivamente.*) Usted no debe hacer más que ver y callar... Qué en serio ha tomado lo de que ésta es su casa.... Esta casa es mía: á buen precio la he comprado. Por tanto, quien únicamente puede despedir á alguien soy yo. Ya lo sabe usted.

PATRICIA

(*Exaltada.*) Es que tú no debes consentir que á tu madre se la falte de esa manera tan descarada.

JUSTA

¿Qué quiere usted? Yo no le digo á Juan ni una palabra.

PATRICIA

Bueno: tú harás lo que te de la gana...; ya sabes que D. Antonio está al caer y es capaz de sor-

prenderos... Yo lo digo por tu bien. ¿Crees tú que la portera no le dirá todo lo que ha pasado en sus cinco meses de ausencia?

JUSTA

La portera está de mi parte á fuerza de pesetas.

PATRICIA

Él la dará más y la hará cantar en seguida.

JUSTA

(Molesta.) Me es igual. Que lo sepa. *(Pausa.)* ¡Qué habilidad tiene usted para enojarme siempre que estoy contenta... Parece que la molesta que haya personas felices en el mundo.

PATRICIA

No es eso. Es que podríais, si quisiérais, hacer lo mismo que ahora, pero sin dar lugar á que se enterase D. Antonio.

JUSTA

¿De modo que lo importante es que él no se entere?

PATRICIA

(Con cinismo.) Pues claro está, hija mía.

JUSTA

(*Sonriendo despectiva.*) ¡Qué buenos consejos me da usted, madre!

PATRICIA

(*Desentendiéndose.*) Es necesario tener mucha gramática parda para vivir en este mundo.

JUSTA

Sí, ya lo veo en usted, que es una buena maestra.

PATRICIA

Para algo me han de servir los años. No en balde se tienen las canas... Lo que pasa es que á algunos no les sirven para otra cosa que para contar por ellos el número de sus desgracias... y otros les aprovechan para adquirir experiencia.

JUSTA

Pues aviados estamos con la experiencia de usted.

PATRICIA

Si tendrás aún motivos para quejarte. ¿Cuándo ibas tú á soñar, tan siquiera, el encontrarte como te encuentras?

JUSTA

(*Enfadada.*) ¿A que todavía tendré que darla á usted las gracias por haberme obligado á ser la querida de D. Antonio?

PATRICIA

No digo yo tanto, mujer... Pero ¿serás capaz de negar que de estar todo el día trabajando, para tener después por todo alimento una cazuela de guisado, y por cama un catre, con un colchón de mala borra, á no hacer más que lo que te agrade, en una buena casa, con una buena mesa y bien servida... no va una diferencia como de la noche al día?

JUSTA

Todo eso es muy verdad, pero ¿y qué?

PATRICIA

¿Es que te parece poca felicidad poder subir en un momento de criada á señora? ¿De cobrar salario á darle?

JUSTA

Para usted será una felicidad; para mí no tiene importancia.

PATRICIA

¡Adiós, reina! Parece que vas derramando grandeza por donde andas... ¿Qué será la felicidad para esta señora?...

JUSTA

Algo más grande que para usted.

PATRICIA

Sí, ya me figuro. Alguna sandez de las que leerás en esas noveluchas que tanto te entretienen... ó quizás algo que te habrá dicho el maquinista y que ni él ni tú entendereis.

JUSTA

No hable usted con tanto desprecio del maquinista, que de menos nos hizo Dios... No necesito yo de que ni los libros, ni él, ni usted, ni nadie me enseñe lo que es la felicidad. Es una cosa que no se puede aprender. *Hay que sentirla.*

PATRICIA

¿Tú... qué sabes? ¡Infeliz! Cuando hayas vivido mis años pensarás de otra manera... Ahora te crees dichosa porque tienes lo que necesitas, pero el día que se te acabe esta ganga... te arrepentirás de todo.

JUSTA

No se canse usted en venirme con sermones. Hago lo que quiero, porque me siento satisfecha haciéndolo... Ni más ni menos. Ya le he dicho que para mí la felicidad es algo más grande que para usted.

PATRICIA

Alguna cosa del otro jueves... Será cuestión de que me pasme antes de oirlo, para que no me coja de susto.

JUSTA

No hay necesidad. Es una cosa muy sencilla... porque soy humilde... Hoy por hoy la colma el cariño de Juan.

PATRICIA

Claro está. Tienes cuanto deseas, y además haces tu santa voluntad á costa de D. Antonio...

JUSTA

Y aunque no fuera así, sería lo mismo. Como él es mi única ilusión, todo lo subordino á su cariño... ¿Vivo bien y puedo amar á Juan?... ¡Mejor!... ¿No puede ser así y tengo que dejarle ó volver á trabajar otra vez, como una negra, para poder vivir?... Pues entonces... antes lo perdería todo que abandonar su cariño... ¡Yo sé querer!

PATRICIA

¿De qué te servirá toda esa sabiduría, si algún vez se cansa de tí y te encuentras sin tu felicidad y en la calle?

JUSTA

(*Enfadada.*) Yo no puedo ni sé decirla á usted lo que pasaría entonces... Tengo un hijo en quien recogería todo mi cariño, y trabajaría para él, conformándome con mi destino... Hay que tomar la vida como viene, y es tonto quejarse, cuando nada se adelanta con ello.

PATRICIA

Por lo visto, tú crees que se encuentra trabajo, cuando se quiere, y, sobre todo, que es tan fácil y tan agradable el volver á hacer una vida penosa y dura, después de haberse tratado á cuerpo de príncipe durante largo tiempo.

JUSTA

Si no había otro remedio... ¿qué le iba á hacer?... De todos modos procuraría conformarme á mi destino y haría cuanto estuviera de mi parte para vivir con decencia...; pero, si mi destino era otro... y la gente me tratara de mal modo, porque he sido desgraciada..., entonces seguiría mi suerte... (*Entra la* criada *con una carta, y entregándosela á* Justa.)

CRIADA

Carta, para la señorita. (*La entrega y se va.*)

JUSTA

(*Mirándola.*) La letra es de D. Antonio. (*Perpleja.*) Estaba por no leerla, porque me temo que me va á dar alguna desazón y no tengo necesidad de tomar hoy ningún disgusto, que me agüe la alegría de estar con Juan.

PATRICIA

Venga, mujer. Léela cuanto antes y así saldrás de dudas.

JUSTA

(*Rompiendo el sobre.*) Sea... Los tragos amargos pasarles pronto... Me irrita más leer las cartas de este hombre que hablar con él... Empalagan de puro dulzonas... y luego... tanta hipocresía... (*Lee.*) «Burdeos 6 de Diciembre». «Mi querida Justa». «Sin tiempo para más, te pongo estas letras para anunciarte que pronto llegaré á esa». «Te llevo bonitos regalos...» «Tu Antonio»... Nota. «Procura estar preparada, porque me presento cuando menos te lo pienses».

PATRICIA

Ya lo sabes...; cuando menos te lo pienses... La carta es de anteayer... ¿Puede haber llegado ya?

JUSTA

Claro está. Si ha llegado la carta y él ha salido en el mismo tren, ya estará aquí... Pero, no creo que venga hasta...

PATRICIA

(*Interrumpiéndola; con retintín.*) No te fíes, no te fíes. D. Antonio es un listo capaz de sorprenderte hoy mismo... Hay que conocer á la gente...

JUSTA

De todos modos, aunque llegase hoy mismo, no me había de encontrar, porque Juan no tardará en venir y vamos á marcharnos en seguida... y ya ten-

drá usted buen cuidado de decirle cualquier cosa... por ejemplo... que he ido á pasar el día con una amiga.

PATRICIA

Bueno, bueno... Yo creo que lo mejor sería estar prevenidas... Me da el corazón que nos va á coger y vamos á tener la de San Quintín... Lo mejor será...

JUSTA

(*Interrumpiéndola, enojada.*) Nada. Lo mejor será que no hablemos más de ello. Voy á vestirme y pase lo que pase. (*Va hacia la alcoba.*)

PATRICIA

(*Llamándola.*) ¡Oye! (Justa *se detiene junto á la chimenea.*) Por mí, puedes hacer lo que mejor te parezca... Yo te lo digo por tu bien... A mí, igual me dá.

JUSTA

Siempre lo mismo. (*Indignada.*) No hay nada que me subleve tanto como oirla decir á usted esas cosas... Usted es la mujer más hipócrita del mundo, y eso de que «igual la dá» es una mentira insultante: como lo de... «que lo dice por mi bien»; ¡esa es otra!... Usted no ha buscado más que su bien siempre, y si ha necesitado valerse de mí, lo ha hecho sin reparo, echándome en cara todo lo que la he debido... Cuando era pequeña,

hasta que tuve trece años, siempre me estaba restregando por la cara que la debía la vida... y que me mantenía... Después, cuando trabajaba y ya podía vivir por mi esfuerzo, sólo me repetía que era mi madre y que la debía la vida... y ahora que se han cambiado los papeles y es usted quien lo debe todo, me dice que lo hace por mi bien y me suplica... ¡Afortunadamente la voy conociendo á usted lo bastante, para saber á qué atenerme! (*Entrase deprisa en la alcoba.*)

PATRICIA

(*Viéndola marchar.*) Anda, ¡fiera!.... ¡fiera!... Ya veremos á qué se queda reducido todo ese arrojo cuando se descubra el pastel... (*Sola.*) Pues señor...; bien la ha trastornado el dichoso maquinista... Si por lo menos fuera más cautelosa...; pero, no tiene reparo en nada... ¡Y D. Antonio... al caer!... Buena se nos viene..., si la pesca... (*Exaltada.*) ¡Y tener que volver otra vez á una vida perra por culpa de esa estúpida! (*Pausa larga.*) D. Antonio es también un pájaro de cuenta: me temo que se presente de sopetón y nos pesque. (*Reflexiona largamente; decidida.*) ¡Cá! ¡No faltaba otra cosa! (*Se asoma puerta foro, y hacia dentro, en voz poco alta.*) ¡Petra!... ¡Petra!...

ESCENA IV

PETRA

(*Entrando.*) ¿Llamaba la señora?...

PATRICIA

Sí, oye. Fíjate bien en lo que voy á decirte... Vas á ir abajo y la vas á decir á la portera que hoy estamos esperando á D. Antonio...; que cuando vuelva Juan le detenga para que no suba, diciéndole que ha venido de pronto D. Antonio y que está en casa...; que vuelva á las dos de la tarde y ya tendrá un recado abajo, diciéndole lo que ha de hacer. ¿Has entendido?

PETRA

Sí, señora... Perfectamente.

PATRICIA

Pues... baja, en seguida. Que no suba de ningún modo... Y cuidado con que se entere la señorita.

PETRA

Descuide usted, que por mi parte no lo sabrá nadie.

PATRICIA

Bueno... anda... ¡Ah!... ¡Oye!... Dila á la portera (de modo que lo entienda...) que esta tarde hablaré con ella... (*Vase* Petra; *sola.*) Ahora, si viene, está la situación salvada... Luego... la bajaré el recado de que D. Antonio va á estar toda la tarde...; así nos le quitamos de encima por si acaso la corazonada resulta verdad... (*Después de una breve pausa sale* Justa, *con un traje modesto, y el niño en brazos.*)

ESCENA V

JUSTA

(*Saliendo.*) Ya estoy lista. No hay quien me gane á vestirme pronto. ¡Ea! En cuanto venga Juan nos vamos... (*Al niño.*) ¿Verdad, cielo?... ¡Qué hermoso día va á pasar mi ángel... (*Á* Patricia.) ¡Mire usted qué hermoso! (Patricia, *inmóvil.*) Pero... ¿por qué está tan seria?... ¡Qué rencorosa es usted. Ya, ni siquiera me acordaba yo de nada... Vamos... déle usted un beso... (*Acercándole el niño.*)

PATRICIA

(*Apartando al niño.*) Déjame en paz... ¿Crees tú que es posible olvidar tan pronto las injurias? Las madres somos sagradas para los hijos.

JUSTA

(*Ofendida.*) Pero... ¿es que no quiere usted besar á mi hijo?

PATRICIA

No, señora. No tengo necesidad de gastar contemplaciones con nadie.

JUSTA

(*Enfadada.*) ¿Ah, no?... Luego venga usted diciendo que las madres son sagradas para los hijos. (*Enérgica.*) Los hijos son más sagrados para las

madres ó deben serlo, cuando las madres son como deben ser... Y éste es mi hijo... y su nieto... quiera usted ó no quiera... y toda ofensa que haga usted á éste, va conmigo; luego no se queje ni me grite... Amor con amor se paga.

PATRICIA

(*Enérgica.*) Yo hago lo que me da la gana... y se acabó. (*Suena la campanilla.*)

JUSTA

¿Ah, sí?... Pues, igualmente... Ahora mismo lo verá usted... Ya está ahí Juan... Me voy... ¡Hasta la noche!... A pesar de sus consejos. (*Se dirige hacia la puerta foro y cuando va á llegar aparece en ella* don Antonio. *Al verle, retrocede azoradísima.*) ¡D. Antonio!... ¡Dios mío!

ESCENA VI

DON ANTONIO

(*Admirado, ante la puerta.*) Parece que te has asustado al verme. ¿Es que no me esperaban ustedes?

JUSTA

(*Deprisa y azorada.*) No, no... es decir, sí... Sí le esperábamos á usted, pero no tan pronto... otro día.

DON ANTONIO

¿Otro día? ¿Por qué?... ¿No has recibido una carta?...

JUSTA

Sí, sí. Aún no hace una hora... pero... vamos... no... (*Aparte.*) ¡Dios mío! ¿Qué va á pasar cuando llegue Juan?

DON ANTONIO

(*Escamado.*) Pues... en esa carta os anunciaba que vendría de un momento á otro... Es más, os anunciaba que os sorprendería con mi llegada...

JUSTA

(*Muy nerviosa y preocupada.*) Sí, sí... es verdad... que nos... sorprenderías... (*Queda pensativa,*)

DON ANTONIO

Pero cálmate, mujer. ¿Por qué ese turbamiento?... ¿Tan desagradable impresión te causa mi vuelta, que te pones toda temblorosa?... Ya era hora de que volviese... después de seis meses de ausencia. ¡Tenía tantas ganas de verte... y me pagas recibiéndome de una manera tan fría! (*Acercándose á ella.*) Acércate, mujer... Deja que te dé un beso.

JUSTA

(*Retrocediendo.*) No... ahora no... más tarde.

DON ANTONIO

¿Porqué luego?... (*Se acerca y repara en el niño.*) Ese niño, ¿es tuyo?...

PATRICIA

(*Azoradísima.*) No... no es de ella... es de la planchadora de la buhardilla, que es amiga de Petra.

JUSTA

(*Valerosa.*) No; eso es una mentira... Este niño es mi hijo...

DON ANTONIO

(*Asombrado.*) ¿Tú hijo?... ¿Y mío? (*Pausa larga.*) ¡Dí! ¡Responde!

JUSTA

¿Qué voy á responder?... Es mi hijo... Nada más.

DON ANTONIO

Ya veo que es tu hijo..., pero lo que me interesa saber es... si es también mío... ¿comprendes?

JUSTA

Sí... comprendo perfectamente lo que preguntas...; pero esta criatura es mía y... (*Mira ansiosa á la puerta foro.*)

DON ANTONIO

(*Sospechando algo; con dureza.*) ¿Y de quién más?

JUSTA

Mío... nada más que mío... Si tú le hubieras engendrado, tampoco serías su padre, porque los hijos deben nacer de una pasión cariñosa y no de una pasión de fiera, como la tuya...; aunque fuera engendro tuyo, sería solamente hijo mío, porque tú me has querido como un tigre, y yo nunca te he querido; mucho menos hasta el punto de agradarme ser madre por tu causa.

DON ANTONIO

(*Irritado.*) Bueno. Me tiene sin cuidado... Ya sabes lo que has de hacer... Ya te lo dije antes de irme, por si acaso.

JUSTA

(*Valerosa.*) ¡Eso, nunca! Antes me dejaría hacer pedazos que abandonar á mi hijo de mi alma... Cuando se tienen las cosas sin gran trabajo, es muy fácil poder abandonarlas; pero, cuando durante mucho tiempo se ha vivido alimentando una esperanza, anhelando ansiosamente el momento de alcanzarla, y aún exponiendo la vida, á trueque de verla realizada, es hasta un ultraje el creer haya quien pueda arrojar en un momento lo que tantas fatigas le ha costado, por dar gusto á un hombre de pasiones bajas.

DON ANTONIO

(*Irritadísimo.*) Está bien. Todo eso son monsergas que no me importan un comino. (*Autoritario.*) Lo que yo quiero (tenlo bien entendido)... es que ese niño no permanezca mañana en esta casa...

JUSTA

(*Valerosa.*) El niño éste (tenlo bien entendido) estará en esta casa mientras esté su madre, y no saldrá de aquí más que conmigo.

DON ANTONIO

(*Gritando.*) Aquí se hará lo que yo quiera... Para eso pago... ¡y quien paga, manda!

JUSTA

(*Decidida.*) Es inútil... Nos marcharemos el niño y yo.

DON ANTONIO

Tú no te irás de aquí, porque yo te quiero para mí.

JUSTA

¡¡Qué horror!! Antes se juntarían el cielo y la tierra que volver á ser tuya... ni aún por la fuerza... (*Decidida.*) Ya no puedo ser más que para mi hijo y para su padre... y su... padre no eres tú... es otro.

DON ANTONIO

(*Rugiendo.*) ¡¡Ah, traidora!! Me has engáñado... Ya me las pagaréis tú y él... ¿Quién es ese cobarde que se vale de mi ausencia para?... (*Antes de concluir la frase, entra* Juan *corriendo con un paquete en una mano y un papel en la otra, y, sin reparar en los demás, va á abrazar á* Justa.)

ESCENA VII

JUAN

(*Alborozado, enseñando el papel.*) ¡¡El nombramiento!! ¡¡El nombramiento!! (*Habla atropellándose.*) ¡Ya está aquí! Acaba de dármele D. Angel en la calle: le ha recibido esta mañana... ¡Alégrate, mujer... somos felices!... D. Angel, va á venir á pasar el día con nosotros... (*Sorprendido.*) Pero... ¿por qué callas, mujer? ¿Qué te pasa?... Estás fría... ¿Es que no estás contenta?... Dime lo que es...

JUSTA

(*Abrazándole.*) Sí, sí...; estoy contenta..., pero... mira... (Juan *se vuelve y queda sorprendido. Todos enmudecen. Pausa angustiosa.* D. Antonio *y* Juan *se miran de hito en hito, como desafiándose.*)

DON ANTONIO

(*A* Justa; *riendo nerviosamente.*) ¿Supongo que éste será el padre de la criatura?

JUSTA

Sí, señor. Aquí le tiene usted para poder repetirle á él todas esas cosas que antes ha dicho.

JUAN

Y ¿qué tiene que decir de mí, este *caballero?*

DON ANTONIO

(*Creciéndose.*) Lo que tengo que decir lo he dicho antes; pero, no tengo inconveniente en repetirlo... (*Fuerte.*)

JUAN

(*Interrumpiéndole.*) Usted perdone... ¿Ve usted este papel?... Pues es el nombramiento de obrero pensionado para el extranjero...

DON ANTONIO

(*Interrumpiéndole fuertemente.*) Bueno... ¿y que tiene eso?...

JUAN

(*Lo mismo á D. Antonio.*) Esto quiere decir que desde este momento no soy obrero de su fábrica... y que por lo tanto me hable en el tono que conviene usar con un desconocido.

DON ANTONIO

(*Después de una pausa angustiosa.*) Pues bien...; ¿cómo se podrá calificar la acción que has cometido á mis espaldas?

JUAN

(*Encogiéndose de hombros.*) Puede usted calificarla como más le plazca, en la seguridad de que nada me importa su fallo..., porque en asuntos de caballerosidad no puede usted ser juez.

DON ANTONIO

Eso es un insulto que yo no puedo tolerar en ninguna parte, ni mucho menos en mi casa, donde tú has entrado como un ladrón á robarme lo que, por derecho, me pertenece.

JUAN

Es inútil y tonto que comience á hablar de esa manera. No debe usted creer que yo pretendo insultarle, cuando sabe muy bien que no hay nadie que apele á ese procedimiento con una persona á quien no ha matado por despreciarla... Además, yo no entro aquí como un ladrón, sino porque ésta quiere...; y ahora mismo nos vamos á marchar ella y yo... para que se quede usted bien ancho en su casa.

DON ANTONIO

Tú te marchas, pero ella se queda, porque tengo derecho á ello... Mis sacrificios me cuesta.

JUAN

(*Sonriendo despectivo.*) Si usted quiere hacer valer sus derechos porque paga en dinero, también puedo yo hacer valer los míos porque pago en cariño, que es lo que ella más aprecia..., y además... yo he sido obrero de su fábrica. Con lo que usted me ha robado de mi trabajo ha tenido para pagar á ésta..., de modo que nada puede reclamar, porque aún yo mismo la pago... Más le valdría callarse... ¡Vámonos, Justa... (*Se dirige hacia la puerta foro, y* D. Antonio *se pone ante ella.*)

DON ANTONIO

(*Valiente.*) Por esta puerta no sale Justa, porque yo no quiero.

JUAN

(*Abrochándose la chaqueta.*) Bueno...; pues sea. Yo no quería apelar á la violencia, pero si usted se empeña la emplearé para quitar estorbos... ¿Deja usted libre la puerta por las buenas?

DON ANTONIO

(*Trémulo.*) No, ni por las buenas ni por las malas!

(Juan *va á dirigirse hacia él,* Justa *le sujeta.*)

JUSTA

No, ¡Juan de mi alma! ¡No te pierdas! ¡Por tu hijo!

JUAN

(*Forcejeando.*) Suelta, deja que aparte ese montón de cieno, para que no te manche. (*D.* Angel *aparece puerta foro.*)

ESCENA IX

DON ANGEL

(*En la puerta.*) ¿Qué escándalo es este, señores? ¿Por qué esta escena tan violenta? (*Se adelanta.*) Tengan calma...

JUAN

(*Tranquilo.*) ¿Cómo es posible tener calma con un hombre que se empeña en no dejar salir á ésta, porque la paga?... Yo, en cambio, la quiero y ella á mí, también. ¿Quién tiene más derecho?

DON ANGEL

Si no tiene eterno compromiso con ninguno de los dos, puede hacer lo que quiera. Ella ha de ser quien falle...

JUAN

Que decida ella misma. (*Toma el niño, á* Justa; *poniéndose junto á la puerta foro, frente al público; á* Jus-

ta, *solemnemente.*) ¡Justa! No hay término medio... Tu madre y él se quedan. Tu hijo y yo nos vamos... Vente ó quédate. (*Pausa.*) ¡Escoge! (Justa *se dirige hacia él;* Juan *la abraza juntamente con su hijo, y dice:*) Sí. Ven conmigo para siempre... ¡Salgamos juntos de esta casa para andar siempre unidos! ¡Vamos! (*Van á marchar y* Justa *se vuelve para mirar á su madre.* Juan *lo advierte y la dice:*) No vuelvas la cabeza á donde quedan esos llenos de tristeza, de egoísmo y de miseria. Mira hacia tu hijo, lleno de inocencia y de alegría. (*Vánse* Justa *y* Juan; *el* ingeniero *queda cruzado de brazos junto á la puerta del foro.*)

ESCENA FINAL

PATRICIA

(*Llorando.*) Pero ¿es verdad? ¿Me deja mi hija?

DON ANTONIO

¿Se va de veras?... Si yo la quería...

DON ANGEL

Sí, señor; se va... de veras con él y con su hijo á gozar de su amor y de la vida... Yo también me marcho con ellos á pasar el día, bañados en el sol que calienta y purifica y en la alegría que da al alma nuevas fuerzas... (*Pausa.*) Ustedes, en cam-

bio, envueltos en la tristeza..., quédense... contemplando... ¡¡cómo lo que fué un porvenir risueño no han logrado deshacerle entre sus manos!! (D. Angel *marcha;* Patricia *y* D. Antonio *quedan mirándose tristemente, mientras el telón desciende poco á poco.*)

FIN DE «EL ÉXODO»